


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS PÁPIROS

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS

MÚSICA DE PABLO LUNA



MADRID
1921

LOS PÁPIROS

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS PÁPIROS

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS

MÚSICA DE PABLO LUNA

Estrenada en el teatro de la Reina Victoria
el 25 de febrero de 1921



MADRID
1921

MADRID.—Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430

A EDUARDO NARBONA

Cogimos la pluma para poner un nombre al frente de esta obra... y espontáneamente escribió el tuyo.

¡Cuántas razones de todo género explican el hecho misterioso!

SERAFÍN y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VIOLANTE	Consuelo Hidalgo.
MARIQUITA PEÓN	Rafaela G. de Haro.
ROSAMIRA	Teresa Saavedra.
NATHALIE RIVIÈRE	Ana Santamaría.
LA RUBIA	Rosa Fontana.
MICAELA	Consuelo Mesejo.
CONCHA	Rosa Fontana.
PETRA	Eugenia S. Prado.
REYES, BAILADORA	Reyes Castizo.
DON JOSÉ PÉREZ	José Moncayo.
CIPRIANO	Pedro Barreto.
HORNACHUELOS	Julio Lorente.
AGUSTÍN	Francisco Pereda.
NORIEGA	Francisco Butier.
LEBRIJA	Lorenzo Sola.
BALITA	Emilio Barta.
BENETTI	Ernesto Lorente.
EL MAESTRO MONTILLA	Enrique Gandía.
BOMBÍN	Antonio Castañé.
MR. RIVIÈRE	Nicolás Suárez.
LANGOSTINO	Gerardo Perdiguero.

Discípulas del Maestro Montilla; Amigas de Violante; Compañeras de «La Rubia»; Camaradas de Cipriano; «Filigranas» y el «Niño de Loja», guitarristas; el Padre Ciriaco y un Militar.

ACTO PRIMERO

En Madrid, y en el estudio de Cipriano Verruela, músico, poeta y loco: más loco que nada. Una puerta a la derecha del actor y otra al foro. La de la derecha conduce al recibimiento de la casa, y, por tanto, a la calle, y la del foro al interior. Un balcón a la izquierda. Junto a él, en primer término, un piano, sobre el cual hay colgado un espejo grande. Muebles modestos. En medio del techo una lámpara. En las paredes algunos cuadros y profusión de retratos de artistas más o menos famosas y de amigos y camaradas de Cipriano. En sitio principal un vistoso cartel anunciador de Violante, cancionista de moda. El más pintoresco desorden reina en la habitación.

Es por la tarde, a primeros de octubre.

MÚSICA

Cipriano, entusiasmado con su propia obra, aparece sentado al piano tocando una «Fantasía» dedicada a Violante. Es mozo, madrileño, vehemente, extremoso y simpático. A la terminación del número exclama:

CIPRIANO. Me gusta esto tanto, que a ratos dudo de que sea mío. ¡No; pero es mío, es mío: me ha salido del corazón! *Suspirando.* ¡Ay, si la música conquistara como el dinero! Pero sólo domestica a las fieras; a las mujeres, no.

Tararea con fruición y embeleso la frase de su «Fantasía» que más le agrada. Llega en esto de la calle Agustín, colaborador literario preferido de Cipriano. Al oír a su amigo se lleva las manos a la cabeza.

AGUSTÍN. Pero ¡hombre! ¿otra vez?

CIPRIANO. ¿Eh? ¿Quién?

AGUSTÍN. Yo.

CIPRIANO. ¡Ah! Mi *poeta de cámara.*

AGUSTÍN. ¿Otra vez? ¡Vas a volverte loco!

CIPRIANO. Lo estoy hace tiempo, gracias a Dios. La locura es o no es agradable, según la causa de ella.

AGUSTÍN. Pero ¿no te empachas ya de tu *Fantasía?*

CIPRIANO. ¡Aún no! Ni creo que nunca, por ahora. Es mi número: es mi *capo lavóro.* Yo, antes de ella, no era más que un músico adocenado, autor de zarzuelillas y canciones más o menos célebres; pero desde que la compuse he crecido a mis propios ojos. ¡Tal musa la inspiró! *Señala al cartel de Violante.*

AGUSTÍN. Lo dicho: de remate. A la musa he visto yo esta mañana.

CIPRIANO. ¿La has visto?

AGUSTÍN. Sí.

CIPRIANO. ¿Y crees en Dios?

AGUSTÍN. Eso te toca a ti cuando la veas.

CIPRIANO. ¡Ah! Por fortuna, la veo diariamente. Si no, me pegaba un tiro en la cabeza.

AGUSTÍN. Baja la mano.

CIPRIANO. Bueno: en el corazón. No te rías. Si algún día llegas a enamorarte, como yo lo estoy de esa mujer, no te reirás de estos extremos. ¡Qué mujer, Agustín! ¡Qué elegancia, qué aire, qué andar, qué boca, qué risa, qué ojos! ¡Sobre todo, los ojos! ¡Agustín, unos ojos que cambian de color según los instantes en que los miras!

AGUSTÍN. ¡Agua va!

CIPRIANO. No lo dudes. Ya son azules, ya son verdes, ya son pardos, ya son negros...

AGUSTÍN. ¡Atiza!

CIPRIANO. ¡Es mujer de mil almas, y cada una le pinta los ojos de un color!

Agustín. ¡Sopla!

Cipriano. Sopla tú si te da la gana. Oye, y ¿dónde la has visto?

Agustín. En casa de Ansorena, el joyero.

Cipriano. *Desalentado.* Apaga y vete.

Agustín. Por eso le cambiarán de color los ojos: porque no mira más que piedras preciosas. ¡Y dices que tiene mil almas! Una, si acaso, y no la da sino por dinero.

Cipriano. ¡Calla! ¿Iba con ella el americano?

Agustín. ¡Claro que sí!

Cipriano. ¡Calla! ¡Señor, Señor! ¿Por qué no me conviertes las notas en libras esterlinas? Sin embargo, aun tengo esperanza en la *Fantasía.* ¡Cuando ella la oiga!... *Se sienta de nuevo al piano.*

Agustín. ¡Ahora sí que estás loco de veras!

Cipriano. ¿Viene alguien?

Agustín. *Mirando hacia dentro.* Sí; pero no es la dama de tus... fantasías.

Cipriano. ¿Quién es?

Agustín. Mariquita Peón.

Cipriano. ¡Debí presumirlo! ¡No pierde una lección la pobre!

Agustín. Porque está enamorada de ti: me lo ha dicho.

Cipriano. ¡Vamos, quita!

Agustín. Y tú debías hacerle caso: es monísima, sería una mujercita ejemplar, te arreglaría la casa, dejaría los *cuplés*, no me pediría a mí más letras... ¡y a ti te libraría de ese abismo!

Cipriano. ¡Oh, ese abismo!...

Agustín. Aquí la tienes. Me voy a tu cuarto a concluir la canción de *Las esmeraldas* que ayer me encargaste.

Cipriano. «¡Las esmeraldas son verdes;
verde el color del que espera!...»

¡Que Apolo te ilumine!

Éntrase Agustín por la puerta del foro. Simultáneamente aparece en la del recibimiento Mariquita Peón. Es una muchachita andaluza, sosa de caerse, como ya se verá.

MARIQUITA. ¿Ze puede?

CIPRIANO. Pasa, Mariquita.

MARIQUITA. ¿Es mi hora?

CIPRIANO. ¡Qué más da, mujer!

MARIQUITA. No; es que zi no es mi hora me aguardo en la cocina: Eluteria me quiere mucho. Ziempre que zale a abrirme habla conmigo.

CIPRIANO. Simpatía.

MARIQUITA. Zimpatía zerá. Oye, ¿estás zolo?

CIPRIANO. Ya lo ves. Agustín acaba de irse a mi cuarto.

MARIQUITA. Me alegro. No me hagas a mí nunca enzayá delante de nadie, como ayé me hiciste.

CIPRIANO. Si es para que te vayas acostumbrando.

MARIQUITA. Toavía estoy muy torpe. Y la gente me *azara* mucho.

CIPRIANO. Pues hija, el día que *debutes*...

MARIQUITA. Ah, no; er primer día *debuto* yo zin gente. Ezo lo pongo en er contrato.

CIPRIANO. ¡Cuando no habrá gente será el segundo día!

MARIQUITA. ¿Zí, eh? Mira como te diviertes conmigo.

CIPRIANO. ¡Es que es peregrina la idea de *debutar* sin gente!

MARIQUITA. Oye, y zi me da miedo, ¿qué le voy yo a hacé?

CIPRIANO. ¡Pues, hija, quedarte en tu casa!

MARIQUITA. ¡Qué más quiziera yo! Pero la necezidá empuja mucho. Zomos zinco bocas. Yo no busco en la ecena er lujo ni la ezibición, como quien tú

zabes, y como tantas; yo zólo busco er yevá a mi caza lo necezario. Pero zoy muy zoza. ¿Por qué zeré tan zoza, Dios mío? ¿Verdá que zoy muy zoza?

CIPRIANO. No, tonta, no.

MARIQUITA. Zí, tonto, zí; zi yo lo comprendo. ¿No ves que es de familia? Mi padre, de la Isla, que hay tantas zalinas, zozo. Mi madre, de Puerto Reá, que está ayí a la vera, zoza. ¿A quién vi a zalí yo?

CIPRIANO. Vamos a ensayar; anda.

MARIQUITA. Primero, aprovechando que no hay gente, vi a leerte la letra de un *cuplé* que ha escrito mi hermaniyo Manolo con la idea de que tú le pongas múzica zi te agrada.

CIPRIANO. ¿Que Manolo ha escrito un *cuplé*?

MARIQUITA. Zí, Manolo; er chipelín. Tiene mucha idea.

CIPRIANO. Vamos a verlo.

MARIQUITA. Escucha. *Saca de su bolso un papel y lee con ciertas ilusiones:*

Ze titula *La vuerta ar mundo*. La ha hecho en dos días.

> Yo nací en er Paraguay,
> ¡jajajay!
> y me fuí luego a Bombay,
> ¡jajajay!
> y zoy guapa zi laz hay...
> y ahora vivo en la caye Echegaray.
> ¡Jajajay!

Este ez er *truco*. ¿Qué te parece?

CIPRIANO. Sigue.

MARIQUITA.

> He tenido un novio en Túy,
> ¡jujujuy!
> otro luego en Zarabúy,
> ¡jujujuy!

y un buen mozo de Espelúy
me azegura que está loco por mi *múi*.
¡Jujujuy!

CIPRIANO. ¿Por su qué está loco el de Espelúy?

MARIQUITA. Por zu *múi*. Los gitanos le yaman la *múi* a la boca. ¿Verdá que tiene idea? Escucha la úrtima:

A París de Francia voy...

CIPRIANO. ¡Jojojoy!

MARIQUITA. Jojojoy, zí.

CIPRIANO. Bueno, pues déjalo.

MARIQUITA. Qué, ¿no te rezurta?

CIPRIANO. No, mujer; no. Ni a nadie. Eso no se acaba.

MARIQUITA. ¡Vaya por Dios! ¡Zozo también Manolo! Pos ze va a yevá un dijusto muy grande.

CIPRIANO. ¡Pues no te digo nada si lo estrena! Vamos nosotros a ensayar antes que venga gente.

MARIQUITA. Vamos a enzayá. Me quitaré er zombrero pa í acionando un poco.

CIPRIANO. Es una idea feliz. *Se sienta al piano.*

MARIQUITA. Primero er *cuplé* de zalida, ¿zabes? que lo estuve estudiando anoche.

CIPRIANO. El que tú quieras, hija.

MARIQUITA. Ah, ¿me das la razón como a los locos?

CIPRIANO. Como a las discípulas predilectas, querrás decir. Vamos allá.

MÚSICA

Mariquita Peón, acompañada al piano por el maestro, interpreta su canción de salida con tal desmaña y falta de garbo y de donaire, que hay para aconsejarle a la pobre que se vaya a la cocina con Eleuteria. Los brazos los mueve siempre alternativamente; ni por casualidad mueve nunca los dos a un tiempo.

MARIQUITA. *Durante el paseíto preliminar.* No me mires por el espejo, que me *azaro.*

CIPRIANO. ¡No tengo más remedio!

MARIQUITA. Este pazeíto lo hago en caza con más picardía. Aquí me da bochorno.

CIPRIANO. ¡A una! ¡Venga letra!

MARIQUITA. Yo zoy la zerraniya
más zandunguera
más zandunguera
más zandunguera
más zandunguera;
y aunque zoy de Zeviya,
nací en Utrera
nací en Utrera
nací en Utrera
nací en Utrera.
¡Zás! ¡Zás! ¡Zás!

Tú estáz aguantando la riza, Cipriano.

CIPRIANO. ¡Qué disparate!

MARIQUITA. Mi cuerpo ze disloca
por un moreno
por un moreno
por un moreno
por un moreno,
que dice que mi boca
tiene veneno
tiene veneno
tiene veneno
tiene veneno.
¡Zás! ¡Zás! ¡Zás!

Esto mirando ziempre a las butacas, ¿no?

CIPRIANO. ¡Siempre a las butacas!

MARIQUITA. ¡Hasta que me las tiren!
Y ar mismo Guatemala
tras de ér me iría
tras de ér me iría

tras de ér me iría
tras de ér me iría,
aunque él ez una bala
bala perdía
bala perdía
bala perdía
bala perdía.
¡Zás! ¡Zás! ¡Zás!
¡Que ole! ¡Que ole!
¡Armiba de mis peroles!
¡Que ole! ¡Que ole!
¡Alante con los faroles!
¡Le enzeño a usté
aqueyo que no ze ve!
¡Que ole! ¡Que ole!
¡Usté es pa mí la zarza de los caracoles!
¡Zás! ¡Zás! ¡Zás!

—

Cesa la música.

¿Pos no estoy zudando? ¿Qué tar me rezurta? *Cipriano tuerce el gesto.* Estoy pa que me maten, ¿verdá? ¡Pa que me maten! *Afligida.* ¡Me meten dentro! ¡me meten dentro! ¡Y mía que zi en er *cuplé* de zalida me meten dentro!

Cipriano. No te apures, mujer.

Mariquita. ¿No me he de apurá? ¡Zi yo tuviera pretenziones!... ¡Pero zi conozco que no zirvo! ¡No zirvo! ¡no zirvo!... ¡No zirvo pa estreya! ¡Yo zoy una mujé de mi caza! *Lo mira intencionadamente.* ¿No crees tú, Cipriano?

Cipriano. Es posible. Pero no te desilusiones tan pronto. Ahora lo pasaremos otra vez: yo te lo ensayaré con cuidadito. Aguarda un momento, que me parece que me llama Agustín. *Éntrase por la puerta del foro.*

MARIQUITA. *Consternada.* No te yama Agustín: es que en cuanto te pongo loz ojos tiernos me huyes. ¡Ingrato! ¡Zi tú zupieras que estoy queriendo meterme a esto na más que por andá cerca de tí!... ¡Yo zoy una mujé de mi caza! *Observando la habitación.* ¡Digo! ¡Qué leonera! *Principia a poner las cosas en orden.* No hay na en zu zitio. *Encarándose con el anuncio de Violante.* ¡Y esta condená es la que tiene la curpa de que no me haga cazo a mí! ¡Lo ha embrujao! ¡Con lo que yo le convengo a este hombre! ¿Quién ha visto poné papeles en las ziyas? ¿Pa qué están las mezas? ¿Quién ha visto una cafetera encima de un piano? *Coge la cafetera para llevarla al comedor En este momento aparece Violante, que viene de la calle, bella y arrolladora.*

VIOLANTE. Buenas tardes.

MARIQUITA. *Estremeciéndose.* Buenas tardes.

VIOLANTE. ¿Está el maestro?

MARIQUITA. Está... está er maestro.

VIOLANTE. Avísale.

MARIQUITA. ¿Cômo?

VIOLANTE. Que le avises.

MARIQUITA. ¿Que le avize? Pero ¿usté por quién me ha tomao?

VIOLANTE. ¡A ver! ¡Por la criada!

MARIQUITA. ¡Caramba! ¡Pos zepa usté que zoy una artista!

VIOLANTE. Pues que sea enhorabuena. Y usted perdone, que no la he querido ofender; pero como la vi arreglando el cuarto...

MARIQUITA. ¿Es que una artista no pué cogé una cafetera?

Vuelve Cipriano, y sin hacer caso alguno de Mariquita, apenas ve a Violante corre a ella.

CIPRIANO. ¡Violante!

VIOLANTE. ¡Chiquillo!

CIPRIANO. No he sentido tu auto.

VIOLANTE. Hoy me ha traído un *pesetero.* Luego vendrá el auto a recogerme.

CIPRIANO. ¡Ojalá tarde mucho! *Reparando entonces en Mariquita Peón que, con la cafetera en la mano, lo mira compungida.* ¿Qué haces tú?

MARIQUITA. Er papé del ozo. ¿Zigue ahí dentro Agustín?

CIPRIANO. Ahí sigue.

MARIQUITA. Pos voy a decirle que me escriba un *cuplé* melancólico; porque yo no tendré gracia, ¡pero corazón!... ¡Ay, Dios mío! *Vase suspirando.*

VIOLANTE. ¿Quién es esta tonta?

CIPRIANO. ¡Una de tantas infelices! Amiga mía desde hace algún tiempo. Y ahora, como todas las mujeres, quiere ser cancionista. ¡Tu éxito, Violante; tus triunfos, tu gloria!

VIOLANTE. ¡Y los de las demás!

CIPRIANO. ¡Los tuyos! ¡los tuyos! ¡Eres la envidiada; eres la primera! ¡Los tuyos! ¡los tuyos!

VIOLANTE. Pues no amarres, Cipriano; que no he empezado todavía. ¡Soy insaciable! ¡Quiero más aplausos, más gloria, más lujo, más dinero!

CIPRIANO. ¿Más esclavos también?

VIOLANTE. ¡Esclavos más que nada! ¡Soy insaciable!

MÚSICA

Las mujeres que nacemos ambiciosas
no tenemos salvación:
aunque siempre a nuestro paso nazcan rosas
nunca se halla satisfecho el corazón.

CIP. ¡De las flores de este mundo la más bella
yo la busco para ti!

VIO. ¡Yo la cojo y te hago ver que hay una estrella
que en el cielo está brillando para mí!

CIP. ¡Pobrecillo musiquillo sin fortuna,
que no tiene en su cajón
otra plata que la plata de la luna
para darte serenata en tu balcón!
VIO. Yo te ofrezco mi amistad acrisolada
como premio a tu merced.
CIP. ¡Tu amistad es a mi amor agua salada
que me enciende y que me aviva más la sed!
El amor, cuando es tan grande como el mío
no se sabe resignar;
tu ambición de bienestar y poderío
yo la tengo de acrecer y de saciar.
VIO. No te asomes a mis ojos insondables,
que serán tu perdición.
CIP. Con tus besos se me antojan adorables
los tormentos de la Santa Inquisición.

—

VIO. ¡Musiquillo!
CIP. ¡Prenda mía!
VIO. ¡De ninguno!
CIP. ¡Ten piedad!
VIO. ¡El amor es fantasía
y yo quiero realidad!
CIP. ¡Si pudiera brindaría
tierra y cielo a tu beldad!
VIO. ¡Si pudieras, ese día
fuera tuya de verdad!

—

LOS DOS. ¡Pobrecillo musiquillo sin fortuna
que no tiene en su cajón
otra plata que la plata de la luna
ÉL. { para darte serenata en tu balcón.
ELLA. { para darme serenata en mi balcón.

—

Cesa la música.

Violante. Chico, chico, nos hemos remontado más de la cuenta; y eso no está bien entre maestro y discípula.

Cipriano. No estará bien, pero es inevitable: te veo, y me encaramo a las mismas nubes.

Violante. Pues ten cuidado al *aterrizar*. Oye.

Cipriano. Manda.

Violante. ¿De qué color están hoy mis ojos?

Cipriano. ¡Qué sé yo! En este instante no veo bien.

Violante. Fíjate.

Cipriano. Hoy me parece que están verdes.

Violante. ¿Es un chiste?

Cipriano. No; que es la verdad.

Violante. *Haciéndoselos ver de distintas maneras, ya entornándolos, ya cambiando de luz.* ¿Y ahora, cómo te parecen?

Cipriano. Ahora, azules.

Violante. ¿Y ahora?

Cipriano. ¡Más azules!

Violante. ¿Y ahora?

Cipriano. ¡Negros! ¡Como mi desesperación!

Violante. ¡Ja, ja, ja! *A un movimiento de él.* Quietecito.

Cipriano. Chica, es que tu perfume me atrae, me emborracha.

Violante. Pues date aire con mi pañuelo, que es el del perfume.

Cipriano. *Tomando el pañuelo y aspirando su olor con delicia.* ¡Ay, qué gusto! ¿Me regalas este pañuelo, Violante?

Violante. Quédatelo.

Cipriano. ¡Soy feliz!

Violante. Pero te advierto que cuando se regala un pañuelo, se riñe.

Cipriano. ¡Quiá!

VIOLANTE. Ea, pues dejémonos de bobadas y vamos a pasar el número que estreno esta noche. A eso he venido.

CIPRIANO. ¿Nada más?

VIOLANTE. Nada más. Ya sabes que soy clara. Anda al piano, mal músico.

CIPRIANO. ¿Mal músico? ¡No me lo dirás mucho tiempo! *Se sienta al piano, dispuesto a complacer a Violante.* «*¿La espuma del champagne?*»

VIOLANTE. *La espuma del champagne.*

CIPRIANO. Tengo fé en el éxito de este número porque lo cantas tú.

VIOLANTE. Muchas gracias. A la noche veremos.

MÚSICA

Los placeres más dulces de este mundo
como vienen se van:
son ilusión mentida, fuego fatuo,
espuma de *champagne.*

—

Aquel amor tan grande
que nunca iba a acabar,
fué llama del invierno,
espuma de *champagne.*

—

Aquella mi promesa
que a ti te hizo temblar,
fué gota de rocío,
espuma de *champagne.*

—

Aquel tu juramento
que me hizo a mí llorar,
fué música del aire,
espuma de *champagne.*

—

Aquel divino sueño
de entrambos a la par,
fué bruma de los lagos,
espuma de *champagne.*

—

Aquel beso furtivo
que yo te dí al marchar,
fué loca mariposa,
espuma de *champagne.*

—

Sólo el collar de perlas
que te obligué a comprar,
no ha sido, vida mía,
espuma de *champagne.*

—

Los placeres más dulces de este mundo
como vienen se van:
son ilusión mentida, fuego fatuo,
espuma de *champagne.*

—

Cesa la música.

Salen de improviso por la puerta de la derecha, aplaudiendo con gran entusiasmo, Rosamira, Noriega y Hornachuelos, cancionista sevillana ella, y ellos poetas del género, madrileño el uno y andaluz el otro.

Rosamira. ¡Ole! ¡ole! ¡ole!

Noriega. ¡Bravo! ¡bravo!

Hornachuelos. ¡Bravísimo!

Rosamira. Nos hemos parao a escuchá detrás de la puerta.

Cipriano. ¿Ah, sí?

Rosamira. Hola, Violante.

Violante. Hola, Rosamira.

Hornachuelos. Prinsesa...

NORIEGA. Reina...

ROSAMIRA. ¡Presioso número! Vais a tené un ésito. A vé cuando me escribes a mí uno por el estilo, guasón.

NORIEGA. En cuanto yo le dé una letra.

CIPRIANO. Ya lo oyes, Rosamira.

HORNACHUELOS. Bueno, Violante, esta noche le tocarán a usté las parmas; pero arboroto, lo que se yama arboroto, er día que estrene usté un *cuplé* que le estoy yo escribiendo.

VIOLANTE. No me fío demasiado. ¿Cómo se titula.

HORNACHUELOS. *Cosquiyas en los pies.*

TODOS. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

CIPRIANO. ¡Qué barbaridad!

HORNACHUELOS. Hombre, no, no hay que escandalisarse, que es finito. Palabra de honó que es finito.

NORIEGA. Todavía hay clases, tú.

VIOLANTE. Ese es mejor que se lo brinde usted a la Guadarrama, que cultiva la especialidad. ¿Está abajo mi coche?

NORIEGA. Abajo está; sí.

ROSAMIRA. Y ¡qué coche, hija! ¡Qué cosa más presiosa!

VIOLANTE. ¿Te gusta?

ROSAMIRA. ¿Que si me gusta? Me gusta hasta er *chofé*, que por lo regulá no son mi tipo.

Risas generales.

VIOLANTE. Bueno, dejo a ustedes. Hasta luego.

ROSAMIRA. Adiós.

NORIEGA. Vaya usted con Dios.

HORNACHUELOS. ¡Si por ca vez que le disen a usté bonita me dieran a mí una perra gorda!...

VIOLANTE. *Volviéndose a él, ya en la puerta.* ¿Qué pasaba?

HORNACHUELOS. ¡Pos que en un año juntaba dine-

ro pa comprá a Europa... y dá a Nueva Yó de propina!

Nuevas risas de todos.

Violante. ¡Este andaluz!...

Noriega. Muy ocurrente, sí; pero el golpe es mío.

Hornachuelos. ¿Qué hablas?

Noriega. ¡Que se lo dije anoche a una modistilla en la Plaza Mayor, y tú lo oíste!

Hornachuelos. ¡Ahora va a resurtá que vivo de prestao!

Violante. ¡Bah, bah! ¡Salud!

Cipriano. Anda, que voy contigo hasta la puerta.

Se va por la de la derecha con Violante.

Rosamira. ¿Habéis reparao en los solitarios que trae la *gachí?*

Noriega. ¡Dos adoquines!

Hornachuelos. ¡A mí me gustan más que las orejas!

Noriega. El que se va a quedar pa hacer solitarios es el que los paga: el americano.

Rosamira. Eya es muy capaz de dejarlo montao al aire.

Hornachuelos. Pero ¿ustés saben er dinero que tiene ese tío? ¡En vacas na más creo que junta diez o dose miyones de cuernos! ¡En vacas na más!

Vuelve Cipriano como una flecha y se asoma al balcón.

Noriega. ¿Adónde va éste?

Hornachuelos. A desirle adiós desde er barcón, sin que se dé cuenta er de las vacas.

Noriega. ¡Está como un chivo!

Hornachuelos. ¡Está que hase números!

Rosamira. Sólo que son números de música. Y eya quiere otras matemáticas.

Hornachuelos. Como que lo veo yo en mala

pendiente. Pa arterná con Violante hase farta gastarse la *luz*, y este simple ha vendío ya tres o cuatro obras.

NORIEGA. ¡Qué memo!

HORNACHUELOS. Y además se ha afisionao ar tapete verde.

ROSAMIRA. ¿Juega?

HORNACHUELOS ¡Más que un gato chico!

NORIEGA. ¡Pues ya tié el entierro pagao!

Aparece en esto por la puerta de la derecha don José Pérez, viejecillo de traza vulgar.

DON JOSÉ. Buenas tardes.

ROSAMIRA. Buenas tardes.

HORNACHUELOS. Buenas tardes.

NORIEGA. Muy buenas.

DON JOSÉ. ¿Don Cipriano Veruela?

NORIEGA. Aquí es; sí, señor.

DON JOSÉ. *Después de observar alternativamente a los dos muchachos.* Pero no es ninguno de ustedes.

HORNACHUELOS No, señó.

DON JOSÉ. *Viendo a Cipriano, que sale del balcón a punto.* ¡Ah! Usted es.

CIPRIANO. ¿Cómo? Buenas tardes.

DON JOSÉ. Buenas tardes. ¿Usted es don Cipriano Veruela?

CIPRIANO. Servidor.

DON JOSÉ. Mucho gusto. ¿Puedo hablar con usted un cuarto de hora, o llego en mal momento?

CIPRIANO. No, no, señor. Estos amigos son de confianza. Pasad ahí dentro, que tenéis compañía.

HORNACHUELOS. Sí, hombre, sí.

ROSAMIRA. Con permiso.

DON JOSÉ. Ustedes pordonen...

NORIEGA. No hay de qué, señor.

Se van los tres por la puerta del foro, interpretando cada cual a su gusto la visita.

ROSAMIRA. Paese un empresario de la Habana.

NORIEGA. Pues yo creo que es el de las cédulas.

HORNACHUELOS. ¡Si no es er der padrón de los perros!

CIPRIANO. *Una vez que está solo con el recién llegado.* Siéntese usted.

DON JOSÉ. Mil gracias.

CIPRIANO. Deje usted el sombrero.

Se lo quita de la mano para ponerlo sobre un mueble, pero don José lo trae sujeto por el cordoncillo a un botón de la americana y se va tras él.

DON JOSÉ. Aguarde usted un poco. Tengo siempre esta precaución...

CIPRIANO. Ah, sí; por el aire. ¿Hace aire?

DON JOSÉ. Hoy no; pero como en Madrid cambia tanto el tiempo...

Se suelta el cordón y le da el sombrero a Cipriano, el cual lo pone en una silla.

CIPRIANO. Sentémonos.

DON JOSÉ. Sentémonos. Sin necesidad de presentación, lo hubiera conocido a usted en cualquier parte. No niega usted la casta.

CIPRIANO. ¿Qué casta?

DON JOSÉ. Vamos despacito.

CIPRIANO. Mucho me mira usted.

DON JOSÉ. Todo es poco. La nariz; la nariz es igual.

CIPRIANO. No comprendo...

DON JOSÉ. Vamos despacito.

CIPRIANO. Me está usted poniendo en cuidado.

DON JOSÉ. Ciertas noticias no pueden ni deben darse de sopetón. Ni pueden ni deben. Calma.

CIPRIANO. Tengamos calma.

DON JOSÉ. Prepárese usted para recibir una impresión muy fuerte.

CIPRIANO. ¡Canario!

DON JOSÉ. Muy fuerte. Prepárese usted.

CIPRIANO. Ya lo estoy, señor mío. La verdad, ¡ni que fuera usted a anunciarme una herencia!

DON JOSÉ. De eso se trata justamente, pollo.

CIPRIANO. *Asombrado.* ¿De una herencia?

DON JOSÉ. De una herencia cuantiosa.

A la silla en que está sentado Cipriano le da un calambre, se le salen dos palos y una pata, y Cipriano está a punto de caerse.

CIPRIANO. ¡Canario!

DON JOSÉ. ¿Eh? ¿Qué ha sido eso?

CIPRIANO. ¡Esta silla! ¡Esta dichosa silla, que me da unos sustos!... ¡Tengo que decir que la quemen!

DON JOSÉ. Con que la encolen basta.

CIPRIANO. *Sentándose en otra, impaciente, desasosegado.* Siga usted, siga usted, caballero.

DON JOSÉ. Calma.

CIPRIANO. Procuraré tenerla.

DON JOSÉ. Ya le previne a usted que iba a sufrir una impresión muy fuerte.

CIPRIANO. ¡No lo sabe usted bien! ¡Y en qué momento de mi vida!

DON JOSÉ. Yo supongo que para recibir una herencia no hay momento malo.

CIPRIANO. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Quiere usted seguir?

DON JOSÉ. Ya sigo. Su padre de usted, que santa gloria haya, tuvo un hermano menor que él, con quien siempre anduvo a la greña.

CIPRIANO. Sí, señor, sí. El tío Quintín se le llamaba en casa. Yo no lo conocí. Salió de España antes de nacer yo, y nunca volvimos a tener noticia suya. Sé por referencias de mi padre que era un tipo raro.

DON JOSÉ. Lo era: bastante raro. Lo he padecido en sus últimos tiempos.

CIPRIANO. ¿Ha muerto, quizás?

DON JOSÉ. Ha muerto, afortu... desgraciá... No sé si decir afortunada o desgraciadamente para usted.

CIPRIANO. *Fingiendo embarazo.* Lo comprendo, sí... Su situación de usted es delicadísima... la mía lo es también... Afortu... desgraciá... Vamos a prescindir del adverbio. Ha muerto.

DON JOSÉ. Ha muerto. En dos palabras, para concluir. Su tío de usted, don Quintín Veruela y Mañoso, de quien usted ni tan siquiera se acordaba, ha muerto en Suiza cargado de millones y lo nombra a usted su único heredero.

Uno de los cuadros colgados en la pared viene al suelo con gran estrépito, dándoles el susto consiguiente.

CIPRIANO. ¡Canario!

DON JOSÉ. ¡Pero, hombre! Pero ¿qué pasa aquí?

CIPRIANO. ¡Qué sé yo! ¡Los muebles, que no están acostumbrados a ciertas cosas! *Recoge y arrima a un rincón el cuadro caído.*

Mariquita Peón aparece presurosa por la puerta del foro.

MARIQUITA. ¿Zucede argo?

CIPRIANO. No, nada, Mariquita; nada.

MARIQUITA. ¡Oímos un porrazo tan grande!...

CIPRIANO. Pues no ha sido nada. Déjanos.

MARIQUITA. Zí, zí... *Se retira, llenos los ojos de curiosidad.*

CIPRIANO. *Turbado, nervioso y afectando una aflicción que no siente.* Caballero, yo estoy... usted comprenderá cómo estoy yo... A punto de caerme, como la silla y como el cuadro. ¡Pobre tío Quintín! ¡Sin conocerme ni de vista, pensó en mí al morirse! ¡Se merece la gloria! ¡la gloria!

DON JOSÉ. Amén. Y ahora le voy a leer a usted la carta que contiene su última voluntad. *Saca la car-*

ta de entre varios papeles que trae muy guardados y se dispone a leerla. Dice así. *Mirando con recelo al techo.* ¿Esta lámpara está segura?

CIPRIANO. Sí; no hay cuidado ninguno. Es decir, no sé...

DON JOSÉ. Por si acaso. *Se aleja de ella.* Dice así la carta. *Lee.* «Sobrino, sobrino, sobrino, sobrino, sobrino, sobrino, sobrino... Como no te lo he llamado nunca, ahora quiero hartarme de este nombre.» Era un humorista. El tío Quintín era un humorista: ya lo irá usted notando. *Continúa la lectura.* «A punto casi de cerrar para siempre el ojo, veo claro el tremendo error de mi vida.» Al cerrar el ojo, ve claro. Un humorista. «Mi vida ha consistido en una resta y una suma: resta de satisfacciones; suma de dinero. He vivido como un avaro, aunque sea muy dura la palabra. ¡Error profundo! No disfruté de mi juventud, por ahorrar; me casé joven, por ahorrar; no tuve hijos, por ahorrar; enviudé, por ahorrar, y aun veo que me muero de una enfermedad corta, por ahorrar.» Hay aquí una mezcla de burla y de lágrimas, ¿no?... Verdadero humorismo. «El capital que he reunido a costa de tanto y tan continuado ahorro, asciende a quince millones de francos bien contados, que van a pasar a tus manos íntegramente...» *Suena con gran ruido un piano, como si lo probaran.* ¡Porra! ¿Ha sonado el piano sin que nadie lo toque?

CIPRIANO. No, señor, no: es otro que hay ahí dentro.

DON JOSÉ. ¡Ya decía yo! ¡Pero no se gana para sustos en esta casita!

CIPRIANO. ¿Qué más, qué más?

DON JOSÉ. «He vivido pobre y muero rico. Procura tú vivir rico y no morir pobre.» *Tocándose la frente.* Tenía, tenía de aquí. *Rectificando.* De allí.

«Alguna vez se me ocurrió dejar dos tercios de mi fortuna para fundaciones humanitarias, religiosas y culturales; ¡pero siempre se me encogía el ánimo!» Como que era así. *Dice, cerrando el puño.* Así. Y mire usted que yo no soy largo. En fin, ya ha visto usted el detalle del cordoncito del sombrero. Además, yo me hago las botas. Pero él me ganaba. Era así. «Ya sabes mi deseo. Allá tú... No quiero pensar a última hora en el futuro destino de mis queridos *pápiros*, como aprendí en Cádiz a llamarles a los billetes, cuando me embarqué la primera vez para Filipinas. Está carta irá a tus manos de las muy honradas de mi leal amigo don José Pérez, a quien también le dejo un pico.» Humorismo puro. Me deja cuatro perras gordas, ahora que no nos oye. «Es hombre fiel y de experiencia. Puede servirte mucho. ¡Adiós, mi sobrino! ¡Adiós, mi amigo, portador de mi voluntad! ¡Adiós, mi vida! ¡Adiós, mi dinero! Quintín Veruela.» *Gimoteando.* ¡Me ha conmovido este final!

Cipriano. *Lo mismo.* ¡A mí toda la carta! ¡Dios le pague a mi tío el bien que me hace! *Se empieza a pasear como loco.*

Don José. Calma, joven, calma.

Cipriano. ¡Ya no puedo tenerla, don Ginés!

Don José. Don José.

Cipriano. Don José. Entendí don Ginés.

Don José. Pues soy don José. José Pérez Durand. Mi madre era francesa.

Cipriano. ¡Bendita sea su madre de usted!

Don José. Gracias. Ahora es mi deber dejarlo a usted paladear a solas sus impresiones. Mañana a estas horas vendré con un notario para hacerle entrega legal de la breva .. ¡de la higuera que le ha caído! No es una breva sola.

Cipriano. ¡Gómez!

Don José. Pérez.

Cipriano. ¡Un abrazo!

Don José. Y mil. *Lo abraza.* Hasta mañana.

Cipriano. Hasta mañana. El sombrero. *Se lo da.* ¿Necesitaré decirle a usted que he tenido muchísimo gusto en conocerlo, que ya sabe su casa, etcétera, etc.?

Don José. ¡Je!

Cipriano. Por aquí. *Se va por la puerta de la derecha, acompañando a don José.*

En seguida salen por la del foro Rosamira, Agustín, Noriega y Hornachuelos, borrachos de alegría, gritando y saltando, como si hubieran heredado ellos y no su amigo. Poco después sale Mariquita Peón, triste y silenciosa, y se sienta en un rincón devorando sus lágrimas.

Rosamira. ¡Vaya un hombre con suerte!

Noriega. ¡Qué animal!

Agustín. ¡Qué bruto!

Hornachuelos. ¡Quinse miyones de pesetas!

Rosamira. ¡Dos gordos de Pascua!

Agustín. ¡Qué ladrón!

Hornachuelos. ¡Qué bestia!

Noriega. ¡Qué canalla!

Rosamira. ¡Er sablaso que yo le vi a dá!

Mariquita. ¡Ahora zí que me despido yo de este hombre!

Agustín. ¡Aquí viene! ¡Música! ¡música!

Se sube en una silla y empieza como a dirigir una orquesta, tarareando la «Fantasía» de Violante. Rosamira y Noriega bailan a su compás. Hornachuelos se da a tirar libros y papeles por el aire.

Noriega. ¡Viva Cipriano!

Rosamira. ¡Viva!

Hornachuelos. ¡Salú pa resarle a su tío! ¡Abajo lo ersistente!

Inopinadamente vuelve con Cipriano don José, que sorprende el cuadro, paralizando todo movimiento y acallando las voces. Cipriano echa centellas por los ojos.

Don José. ¿Eh? ¿Qué es esto?

Cipriano. La funda de las gafas, ¿verdad?

Don José. Sí, sí: la funda de las gafas.

Cipriano. Aquí la tiene usted.

Don José. Gracias, joven. Lo que siento es haber turbado... los funerales por el tío Quintín. *Nadie rechista.* ¡Humorismo!

Cipriano. *Furioso.* ¡Poca educación!

Don José. *Advirtiendo al irse la presencia de Mariquita.* Y a esta señorita, ¿qué le ocurre? ¿Está llorando?

Mariquita. Zí, zeñó; zí yoro.

Don José. ¡No será por el tío Quintín!

Mariquita. Zí, zeñó; que yoro por zu muerte.

Don José. ¿Usted lo conocía?

Mariquita. No; pero motivos tengo pa yorarlo.

Don José. Bien, bien... Vaya, señores, ya no estorbo más. ¡Que siga el duelo!

Vase. Cipriano va con el.

Hornachuelos. ¡Nos lusimos!

Rosamira. ¡Nos cogimos los deos con la puerta!

Noriega. ¡Después de todo, nosotros no somos parientes del cadáver!

Agustín. ¡Y la alegría es irreflexiva!

Reaparece Cipriano en la puerta, ahora solo. Grito de júbilo.

Todos. ¡Oooooh!

Cipriano. *Por si por obra del diablo lo oye don José.* ¡Silencio! ¿Qué alarido es ese? ¿Habéis perdido la dignidad? Esta herencia que me ha caído del cielo, me trae una gran alegría, una alegría imponderable; pero me trae también una inmensa emoción.

Acepto, pues, un abrazo de cada uno, siempre que corresponda a estos sentimientos.

NORIEGA ¡Muy bien hablao!

Cipriano los va abrazando a todos, sucesivamente, sin palabras. Ellos, a espaldas de él, se ríen. Cuando llega a Mariquita Peón, como si se contagiara de su pena, saca un pañuelo para llevárselo a los ojos. Es el de Violante. El perfume le aviva su recuerdo, lo aspira entonces con infinito deleite, y mira sin querer el retrato de ella. Durante esta muda escena vibra en el aire la música de la «Fantasía» de marras. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Merendero semicircular, formado por poyetes y pretiles con azulejos, en una venta sevillana, nueva, pero ya famosa y de ruido. Fondo de jardín. Salidas por el foro y por ambos lados. Una mesa y tres sillas.

Es de noche, pero con la luz de la luna y la del merendero parece de día.

Don Juan Lebrija, viejo que se conserva bien, escucha, sentado a la mesa, una copla cantada a la guitarra por la «Rubia» hacia la izquierda del actor, en un merendero inmediato. La complacencia le sale a los ojos.

La Rubia. *Dentro.*

Yo te digo mi verdá:
si Seviya fuera mía,
yo te daba la mitá.

¡Oles! y el jaleo consiguiente.

Lebrija. Es la *Rubia.* Apuesto doble contra sensiyo a que es la *Rubia.* ¡Ay, los años, los años, cómo lo van retirando a uno a poquito a poco!

La Rubia. *Dentro.*

Yo nunca a la ley farte,
que te tengo tan presente
como la primera vé.

Se repite el jaleo y cesa la guitarra.

Lebrija. ¡Vaya si es la *Rubia!* Son sus coplas.

Dos minutos no tardo yo en asomá las narises ar merendero de ahí ar lao.

Por la derecha llega Balita, camarero, que le trae media botella de Jerez y le sirve una copa.

BALITA. Si no me han yamao siete veses por er camino, no me han yamao ninguna.

LEBRIJA. Oye, Balita: ¿es la *Rubia* la que canta ahí?

BALITA. La *Rubia*. ¡El ama der *cante!* Y ahora va a vení la *Niña e los Chícharos.*

LEBRIJA. Que es la que está de moda.

BALITA. Sí, señó; pero con justisia. Tiene un canario en la garganta.

LEBRIJA. Mía tú por dónde he caío esta noche en la Venta con suerte. ¡Oí cantá es lo que más me gusta a mí en er mundo! ¿Y quién es er pagano, Balita?

BALITA. Un señorito de Madrí que debe de tené los *pápiros* por kilos. Esta noche ha preparao aquí una juerga, de esas que se amañan pa los *turistas*, que va a dejá memoria. Miste que en esta Seviya y en esta época de feria, ha visto uno tirá dinero a mucha gente: pos yo le digo a usté que este señorito pone er mingo.

LEBRIJA. ¿Tú no lo conoses?

BALITA. No, señó. Yo hasta esta feria no lo he visto en Seviya. Sí me he enterao de que es ahora el amigo de Violante, esa artista tan sélebre.

LEBRIJA. ¡No me digas más! ¿Por kilos le carculas tú los biyetes? ¡Por arrobas los nesesita!

BALITA. Ahí está con é. Vinieron hase una hora de la ópera. Han convidao a la primera tiple; a la fransesa. La están esperando. Toas las tardes van a los toros, naturarmente: tienen abono en las dos plasas; y toas las tardes le brindan a la niña un toro, ¡y tenía usté que vé los regalos a los mataores! ¡Un capitá ca uno! ¡Y dos automóviles que quitan la cabe-

sa; y un tren inglés pa las carreras e cabayos; y un coche a la andalusa pa la feria; y una casa que le ha comprao a la oriya der río; y unas alhajas que yeva ensima la *gachí*, que traen en Seviya escandalisás a toas las mujeres! ¡Un disparate! ¡Una película!

LEBRIJA. ¡Pos dichoso é que lo tiene y que lo emplea a gusto! ¡Que Dios le conserve el estómago! Er dinero se ha hecho pa rodá... y er que rueda yega a muchas manos, que es lo que debe sé.

BALITA. Y usté *chanela* de eso, ¿no es verdá?

LEBRIJA. Sí; no hablo de memoria. Lo que yo he tenío, que no ha sío poco, bien lo he desperdigao. Dos vuertas largas le he dao ar mundo pa conosé a las mujeres de toas las tierras y bebé er vino de tos los países. ¡Otros viajan pa vé las catedrales y las ruinas! ¡Ayá eyos! ¿Y qué tar va esta Venta, Balita?

BALITA. Como los ángeles. Pa un año que yeva de vida no pué quejarse el amo. Tiene mucho alisiente. Er sitio, estos jardines, un cosinero que es un sabio...

VOZ. *Dentro*. ¡Balita!

BALITA. ¡Voy! Con permiso, don Juan.

Echa a correr hacia la izquierda, a tiempo que sale don José Pérez, nuestro amigo, que lo detiene unos instantes. Viene muy excitado.

DON JOSÉ. Oiga usted, Langostino.

BALITA. Balita. Langostino es el otro. ¿Qué se ofrese?

DON JOSÉ. Vamos a ver: esa reunión del cuartito árabe...

BALITA. Ah, sí: son unos pintores amigos de don Sipriano.

DON JOSÉ. ¿Unos pintores? ¿Y las mujeres que están con ellos?

BALITA. ¡Serán las modelos, señó!

DON JOSÉ. ¿Y cenan por su cuenta? ¡Porque están tirando de largo!

BALITA. Don Sipriano me ha dicho que no les cobre un séntimo; que eso es cosa suya.

DON JOSÉ ¿Cosa suya? Pero ¿a santo de qué?

BALITA. A mí no me importa saberlo, cabayero.

DON JOSÉ. ¿Y los dos periodistas y el fotógrafo que copeaban ahora en el mostrador?

BALITA. También son cosa de Don Sipriano.

DON JOSÉ. ¡Caray con las cosas de Don Cipriano!

VOZ. *Dentro, como antes.* ¡Balita!

BALITA. ¡Ayá va!

DON JOSÉ. Un momento.

BALITA. Ande usté, que me yaman.

DON JOSÉ. Perdóneme usted la curiosidad. He observado que siempre que destapa usted una botella, se guarda el corcho. ¿Qué objeto tiene eso?

BALITA. ¡Que jueguen los chiquiyos en casa! ¡Nos ha matao! *Se va corriendo por la izquierda.*

DON JOSÉ. ¡Bah! Negocio tenemos. Aquí, cuando no conviene decir alguna cosa, ¡una cuchufleta! ¡El país de la gracia! *Gesticula y manotea de puro nervioso que está.* ¡Ay, ay, ay! ¡En mal hora se me ocurrió venir a la tierra del rumbo! ¡Esta temporada precipita mi muerte! *Reparando de pronto en Lebrija.* ¿Eh? Dispense, caballero; creí que estaba solo.

LEBRIJA. No hay de qué. ¿Usté gusta de acompañarme?

DON JOSÉ. Gracias; que aproveche. No bebo vino.

LEBRIJA. Pero... pero ¿qué estoy mirando? ¡Quintín!

DON JOSÉ. ¡Silencio!

LEBRIJA. ¿Qué?

DON JOSÉ. *Reconociéndolo.* ¡Lebrija!

LEBRIJA. ¡Quintín!

DON JOSÉ. ¡Calla!

LEBRIJA. Pero ¿no eres Quintín Veruela?

Don José. ¡No!

Lebrija. ¿Cómo que no?

Don José. *Misteriosamente.* Quintín Veruela ha muerto: yo soy José Pérez nada más.

Lebrija. ¿José Pérez?

Don José. José Pérez.

Lebrija. Ya me esplicarás la confirmasión.

Don José. Ya te la explicaré. ¡Dame un abrazo, Juan Lebrija!

Lebrija. ¡Y siento! ¡Qué casualidá habernos encontrao! ¡Ar cabo de los años, Quintín!

Don José. ¡Calla, hombre!

Lebrija. Dispensa, *José.* Tengo que acostumbrarme.

Don José. ¡Yo celebro más que nadie este encuentro! ¡Poder hablar de lo que me pasa con un amigo íntimo!

Lebrija. Pero ¿qué te pasa? ¡Te he visto antes poco menos que dando cabriolas!...

Don José. ¡Como que me he creado yo mismo, por imbécil, la situación más horrible que se puede crear ningún hombre!

Lebrija. ¡Caray! Siéntate y desahoga. Vamos a bebernos esta media boteyita de *Tío Pepe* mano a mano.

Don José. Te lo agradezco, chico; pero se me volvería ácido fénico. Bébetela tú solo. Acepto la silla nada más. *Se sienta.*

Lebrija. Bueno, bueno. Mientras no sepa qué te ocurre...

Don José. Ya verás canela.

Donde cantó anteriormente la «Rubia», «Filigranas», notable tocador, vuelve a hacer de las suyas en la guitarra.

Lebrija. ¿Quién toca?

Don José. ¡Yo qué sé!

LEBRIJA. Pero ¿tú no estás ahí en esa juerga de la *cupletista?*

DON JOSÉ. ¡Qué sé yo dónde estoy!

LEBRIJA. Será *Filigranas.* Sí, sí; es *Filigranas*, de seguro.

DON JOSÉ. Así me parece que le nombran. ¡Por cierto que se da un pisto el tal *Filigranas!...* ¡Yo no sé las influencias que ha habido que buscar para traerlo! Oye, ¿y es muy caro?

LEBRIJA. Hoy día es er más caro.

DON JOSÉ. ¡Lo esperaba!

LEBRIJA. Pero a úrtima hora, con sien pesetas que se le den se va tan contento.

DON JOSÉ. ¡Bah! ¡Cien pesetas! ¡Una porquería! ¡El sueldo de un padre de familia, nada más!

LEBRIJA. Eso sí: ¡se bebe dosientas!

DON JOSÉ. Total: trescientas pesetas, sólo en *Filigranas.* ¡Turismo! *Hace involuntariamente un mohín extraño.*

LEBRIJA. ¿Qué es eso?

DON JOSÉ. Un mal nervioso que padecí de chico, y me ha vuelto esta noche. ¡Si estaré pasando la escarlatina!

LEBRIJA. Cuenta, cuenta ya. ¿Has jugao quisás con desgrasia?

DON JOSÉ. ¿Jugar yo? ¿Pero tú te has olvidado de quién soy? ¡Yo sigo jugando nada más que al julepe! Y eso, con garbanzos.

LEBRIJA. ¡Ja, ja, ja!

Deja la guitarra de oírse.

DON JOSÉ. Algo peor es lo que me sucede. Oye. Tú sabes bien la importancia de mi fortuna.

LEBRIJA. Sí.

DON JOSÉ. Tú sabes que yo no he vivido más que para juntar ese dinero.

LEBRIJA. Sí.

Don José. Tú sabes que para sacarme a mí una peseta hacía falta la guardia civil.

Lebrija. ¡Y no te sacaba más que noventa séntimos!

Don José. Tú sabes que yo fingía unos ataques epilépticos, para disolver las reuniones y no pagar nunca.

Lebrija. ¡Como que casi siempre pagaba yo!

Don José. Pues bien: a los sesenta años, con más de quince millones de pesetas reunidos...

Lebrija. ¡Qué animal!

Don José. Eso de animal déjalo para luego. A los sesenta años, viudo ya, sin hijos, solo en mi casa con mis millones, me entró esta horrible comezón: ¿qué va a ser de mis *pápiros* cuando yo cierre el ojo?

Lebrija. ¡Sí que es pa perdé er sueño, Quintín!

Don José. ¡José!

Lebrija. *José.*

Don José. Y con la comezón, vino a mí esta idea: yo no cierro el ojo sin ver eso.

Lebrija. Pero ¿cómo vas tú a vé, sin morirte, lo que va a sé de tu dinero cuando te mueras tú?

Don José. Muy sencillo, querido Lebrija: simulando mi muerte.

Lebrija. ¡Ah!

Don José. ¿No vió su entierro Carlos Quinto?

Lebrija. Eso sí.

Don José. ¿No lo vió también Don Juan Tenorio?

Lebrija. Don Juan ya estaba muerto.

Don José. ¡Y yo estoy más muerto que vivo! En resumidas cuentas: a mí me acometían durante la noche siniestras pesadillas; dos minutos que cogiese el sueño, los *pápiros*, en forma de monstruos, caían sobre mi cuerpo y lo devoraban; el insomnio empezó a minar mi salud; temí volverme loco; temí también condenarme a mi muerte. Consulté con un car-

tujo amigo mío, el padre Ciriaco, y el resultado de todo ello fué esta resolución extravagante de darme por muerto.

LEBRIJA. Sigue, sigue, que tiene grasia.

DON JOSÉ. Mi heredero forzoso era ese señorito tan... tan espléndido que está ahí al lado.

LEBRIJA. ¿Quién?

DON JOSÉ. ¡Ese de la juerga!

LEBRIJA. ¿El amigo de Violante?

DON JOSÉ. ¡Ese!

LEBRIJA. ¡Asúca!

DON JOSÉ. Y ¡claro es! yo no le quería dejar mis millones sin saber qué rumbo iba a darles.

LEBRIJA. ¡Ya!

DON JOSÉ. Así, pues, decidí morirme... por un año. Que el chico empleaba durante ese tiempo bien la herencia: suyo era todo mi capital; que hacía de ella mal uso: al año justo resucitaba yo, y lo dejaba en cueros. Con lo único que no conté fué con una cosa.

LEBRIJA. Sí: con que te ibas a morí de verdá en el año de prueba si despirfarraba er sobrinito.

DON JOSÉ. ¡Tate! Eres un psicólogo.

LEBRIJA. Un sicólogo... que te ha convidao muchas veses.

DON JOSÉ. Pues esa es mi tragedia: que me ha resultado un manirroto; que en cinco meses ha despabilado ya cerca de cien mil duros... ¡y que yo no quiero resucitar antes del año!

LEBRIJA. ¡Eso es lo que yo no consibo!

DON JOSÉ. *Suspirando amargamente.* ¡Ay!... Escucha hasta el final. El padre Ciriaco, que ve largo, muy largo, aplaudió que yo pusiera a cata y cala a mi sobrino, considerando además lo que sucediese como una expiación de mi avaricia; me exigió un año de tortura, viendo yo, sin protesta, gastar mi di-

nero; y me hizo jurar que si me volvía atrás antes del año, la mitad de mi fortuna sería para los frailes. ¡Y la verdad, chico, siete millones de pesetas a los frailes, por no esperar ya otra temporada!...

Lebrija. ¡Ja, ja, ja!

Don José. ¡Aguanto el año, aunque pierda el pelo!

Lebrija. ¿Er pelo? ¡Vas a perdé hasta las narises!

Se oye de nuevo la guitarra de «Filigranas».

Don José. No lo digas en broma. Mi sobrino se fué a París con esa mujer, y a mí me faltó valor para seguirlos: a Sevilla he querido venir, y ¡nunca en la vida lo hubiera hecho! ¡No es lo mismo saber que te han gastado treinta mil duros, que verlos tú gastar! *Vuelve al mohín nervioso.* Aquí no tengo más que una satisfacción.

Lebrija. ¿Cuál?

Don José. Que me pagan la fonda.

Lebrija. ¡Pero si te la pagan con tu dinero!

Don José. ¡Pues es, con todo, una satisfacción! ¡Humorismo!

Lebrija. ¡Hay pa matarte!

Don José. Espera seis meses. ¡Ay!... No sé lo que hago. *Se bebe la copa de Lebrija.*

Lebrija. ¡Beberte mi copa!

La «Rubia», estimulada por el guitarrista, canta otro par de soleares.

La Rubia. *Dentro.*

Anda a un rico que te dé,
y si el rico no te da,
ven a mí, yo te daré.

Lebrija. ¡Ole! ¡Viva la *Rubia!*

La Rubia. *A este chiquiyo lo quiero,*
que se yeva de su gusto,
no se yeva der dinero.

Cesan la guitarra y el canto.

LEBRIJA. ¡Es mucha *Rubia* esa!

DON JOSÉ. ¡Chitón, que viene mi sobrino! ¡Por Dios, Juan, que no trasluzca nada!

LEBRIJA. Duerme tranquilo.

DON JOSÉ. ¡Eso quisiera yo!

Sale Cipriano por la izquierda, de smoking. También está muy excitado, aunque de otra manera y por diferentes causas que su tío.

CIPRIANO. ¡Pero hombre! Pero ¿está usted aquí? Yo decía: ¿dónde se habrá metido Don José?

DON JOSÉ. Encontré aquí a este amigo... Ven acá; voy a presentarte... Don Juan Lebrija, camarada de mis verdes años...

CIPRIANO. Celebro conocerlo.

LEBRIJA. Iguarmente.

DON JOSÉ. Íntimo amigo, por cierto, de tu tío Quintín.

CIPRIANO. ¡Caramba!

LEBRIJA. ¿De modo que este joven es el heredero?

CIPRIANO. Para servir a usted: Cipriano Veruela...

LEBRIJA. ¡Que sea muy enhorabuena, mi amigo! ¡Vaya suerte! ¿eh?

CIPRIANO. ¡Única! ¡Yo no sé cómo bendecir a mi tío Quintín! ¡Mire usted que sin conocerme!...

DON JOSÉ. ¡Como que si te hubiera conocido no te deja una perra!

LEBRIJA. ¡Seguro! Le arvierto a usté que yo estoy gosando desde que sé esto.

CIPRIANO. ¿Sí?

LEBRIJA. ¡Con lo que era Quintín, si viera desde el otro mundo cómo se está usté jorgando con sus miyones!...

DON JOSÉ. ¡Je! *Mohín nervioso.*

CIPRIANO. ¡Pobrecillo! La verdad es que es una

desgracia pasarlo tan miserablemente como él lo pasó para que luego lo disfrutemos los demás. Porque hay que ver la vida de mi tío: ni una comodidad en su casa, ni un mal capricho satisfecho, ni un viaje de placer, ni una amiguita a quien regalar, ni una copa bebida a tiempo, ¡ni nada, en fin, dulce y sabroso!...

LEBRIJA. ¡Horrible! En cambio, usté...

CIPRIANO. En cambio, yo... ¡viva la Pepa!

DON JOSÉ. ¡Je!... ¡Si no fuera más que la Pepa!

CIPRIANO. Es desgracia, es desgracia...

LEBRIJA. ¿Qué? ¿Lo der tío? No, señó, no; no es desgrasia: hay que hablá más claro: es estupidez.

CIPRIANO. No diría yo tanto como eso.

LEBRIJA. Yo sí.

DON JOSÉ. Y yo.

LEBRIJA. Quintín fué un avaro; pero un avaro bufo; de opereta.

DON JOSÉ. De sainete: *El sopista Mendrugo.*

CIPRIANO. Mire usted, si vamos a hablar sin ambages, el pobre de mi tío no fué ni más acá ni más allá que lo que se llama en Madrid un *primo alumbrao.*

LEBRIJA. ¡Justo!

DON JOSÉ. ¡Primo y medio! Y ya ves tú que yo era de su cuerda. ¡Pues estoy convencido!

Asoman por la izquierda con Hornachuelos, que también viste smoking, Petra y Concha, palomas mensajeras, una de Chipiona y otra de Málaga. Durante su permanencia en escena pasan rápidamente por el foro, en sentido contrario, Langostino y Balita, con sendos servicios. Don José quiere estar en todas partes y olerlo todo.

HORNACHUELOS. Escucha, Sipriano.

CIPRIANO. ¿Qué hay?

HORNACHUELOS. Un pequeño conflicto. Mis amigas Conchita y Petra...

CIPRIANO. Sí; ya las conozco.

Hablan bajo animadamente.

DON JOSÉ. *A Lebrija.* ¿Sabes quién es ese del conflicto pequeño?

LEBRIJA. No.

DON JOSÉ. Pues es uno de los dos secretarios que gasta Ciprianito. ¡Porque viaja con dos secretarios! ¡Y se hacía él mismo la cama hace unos meses!

LEBRIJA. ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. ¡Nada, no veo el conflicto!

CONCHA. Sí, señó: porque Bartolomé quedó conmigo en mandarme el auto antes de la una; y son las dos y media y el auto no viene.

PETRA. Y tiene que yevarme a mi casa.

CONCHA. Porque ésta nesesita está en su casa antes que vuerva Paco.

PETRA. Y Paco vuerve de Jerez esta madrugá, con la fresca.

HORNACHUELOS. De ahí er conflicto.

CIPRIANO. De ahí que yo diga que no lo veo. ¿Tienen más que llevarse mi coche?

DON JOSÉ. *Al amigo.* ¡Su coche!

CONCHA. Muchísimas grasias; pero lo malo es una cosa.

CIPRIANO. ¿Qué cosa?

HORNACHUELOS. ¡La jumera que ha tomao tu *chofé!*

CIPRIANO. ¿Ah, sí? ¡Pues también lo arreglamos! ¡Que las lleve otro!

HORNACHUELOS. ¿Habrá arguno dispuesto?

CONCHA. ¡Digo! ¡Er de Perico Maturana, que está en la Venta!

PETRA. ¡O er de Gonsalo Mesa, que también está ahí!

CIPRIANO. Pues ese mismo; que las lleve ese mismo. Deja a cada una en su casa, vuelve con el coche, le das cinco duros, y en paz.

Don José. *Imitando irónicamente el ademán de Cipriano.* ¡Eso es! ¡A duro el kilómetro en coche propio! ¡Con oro nada hay que falle!

Petra. Ay, pos tantas grasias.

Concha. Tantas grasias.

Cipriano. No hay de que darlas, niñas.

Hornachuelos. Vamos ya sin perdé minuto.

Cipriano. ¿Tú las acompañas?

Hornachuelos. Sí, yo voy con eyas.

Cipriano. Mejor es.

Concha. ¡Ahí tienes tú un hombre flamenco!

Se retira complacidísimo el grupo del conflicto.

Cipriano. Bueno, señor don Juan, ¿por qué no se viene usted allí con nosotros?

Lebrija. ¿Yo? ¡Ya lo creo!

Don José. Pero ¿hasta qué hora vamos a estar aquí?

Cipriano. ¿Le gusta a usted el *cante* flamenco y la guitarra?

Lebrija. Con delirio, poyo.

Cipriano. Pues no hay más que hablar. Oiremos a la *Niña de los Chícharos*, le presentaré a usted a Violante y nos beberemos unas copas a la memoria del tío Quintín.

Lebrija. ¡Soberbio programa!

Cipriano. Ande usted, don José.

Don José. *Agitando la media botella.* Aquí queda vino todavía.

Cipriano. ¡Déjeselo usted al camarero!

Don José. ¿Al camarero? ¡Con los corchos tiene bastante!

Llega Balita por la derecha y los detiene.

Balita. Don Sipriano.

Cipriano. ¿Que ocurre?

Balita. Ahí está ya er maestro Montiya con su gente. ¿Pasan?

CIPRIANO. Desde luego.

BALITA. ¿Se les da una copa antes de entrá?

CIPRIANO. ¡Sí, hombre, sí: que tomen lo que quieran!

BALITA. ¿Y a los cocheros, los convido?

CIPRIANO. ¡Que tomen lo que quieran!

BALITA. Según eso, así que yeguen la *Niña de los Chícharos* y los demás...

CIPRIANO. ¡Que tomen lo que quieran!

BALITA. ¿Aviso cuando pase el ensierro?

CIPRIANO. ¿Van los toros sueltos o *encajonaos?*

BALITA. Encajonaos.

CIPRIANO. Entonces no avises.

DON JOSÉ. *Sin poder contenerse.* ¡Pero que tomen los toros lo que quieran!

CIPRIANO. ¿Qué?

DON JOSÉ. Nada. ¡Vente, Lebrija, o resucito!

LEBRIJA. Lo comprendo, sí.

DON JOSÉ. Para allá vamos, Cipriano. *Coge la media botella de «Tío Pepe» y se va por la izquierda con Lebrija.*

CIPRIANO. ¡Si yo voy también!

BALITA. Con permiso; un istante.

CIPRIANO. ¿Qué quieres?

BALITA. Usté disimule. Ese cabayero, ¿es su arministradó de usté?

CIPRIANO. ¡No, hombre!

BALITA. Eso me ha dicho.

CIPRIANO. ¡Ca!

BALITA. Ya yo me malisiaba... ¿De manera que yo no tengo que obedesé más que a usté?

CIPRIANO. ¡Absolutamente!

BALITA. Pos le prevengo a usté que ese señó no nos deja pará a los camareros.

CIPRIANO. ¿Cómo?

BALITA. Que nos asecha en er camino a vé lo que

yevamos, y nos quiere quitá boteyas, y nos discute hasta una caja e fósforos.

CIPRIANO. ¡Ja, ja, ja! Pues no le hagáis caso ninguno.

BALITA. Me alegro de que usté me lo diga. *Vase por la izquierda.*

CIPRIANO. ¡Qué gracia tiene don José! ¡Le duele cada billete de mi tío que me gasto, como si fuera suyo! ¡Eso es un amigo! *Respirando a sus anchas.* ¡Ay!... ¡Estoy que salto de alegría; de felicidad!... ¡Temo despertar, si es que sueño!

Por la izquierda sale Violante, en un estado análogo al de nuestro héroe. Trae a la cabeza una rica peina y unas flores, y viste lujoso traje de teatro y fino mantón de Manila.

VIOLANTE. ¡Muchacho! ¿Hablas solo?

CIPRIANO. ¡Porque no estabas aquí tú! ¡Te esperaba!

VIOLANTE. ¡Y yo venía a buscarte! ¡Te echaba de menos! ¿Has visto qué noche? ¿qué luna? ¿qué aromas? *Aspirándolos satisfecha.* ¡Ah!... ¡Sevilla está llena de olores! ¡Los claveles, los azahares, las rosas!...

CIPRIANO. ¡De olores y de música! ¡Yo oigo melodías por todas partes!... ¡Las cosas que voy a componer!

VIOLANTE. ¡Ya me las cantarás al oído!

CIPRIANO. ¿Eres dichosa?

VIOLANTE. ¡Más que nunca! ¿Y tú?

CIPRIANO. ¡Más que nadie!

MÚSICA

VIOLANTE. ¡Luna sevillana,
entrame en los ojos,
bésame en la cara!

CIPRIANO. ¡Luna sevillana,

bésame en la frente,
éntrame en el alma!

—

¡Tú que pintaste por cien callejas
la sombra errante de mil parejas,
la eterna sombra del Burlador,
dime si has visto tras de las rejas
mujer que valga más loco amor!

—

VIO. ¡Tú que te filtras en las penumbras
de los amantes, y que columbras
donde hay amores que embellecer,
dime si has visto desde que alumbras
mayor ventura de una mujer!

—

LOS DOS. ¡Luna sevillana,
oye nuestros sueños,
funde nuestras almas!
¡Luna sevillana,
marca nuestra senda,
sigue nuestra marcha!

—

CIP. ¡Yo estoy borracho de amores
porque en tus labios bebí!
VIO. ¡Yo estoy borracha de flores!
CIP. ¡Yo estoy borracho de ti!

—

LOS DOS. *Abrazados.*
¡Clara luna
que alumbras este rincón,
haz de nuestras sombras una,
que una son!

—

¡Tú que te filtras en las penumbras
de los amantes, y que columbras
de los amores la oculta flor,

dinos si has visto desde que alumbras
más loco amor!

—

Cesa la música.

VIOLANTE. ¡Nos ha dado romántica!

CIPRIANO. ¡Y alegre!

VIOLANTE. ¡Y triunfadora!

CIPRIANO. ¡Y optimista! ¿Has visto colmada tu ambición siquiera un momento?

VIOLANTE. ¡Y miles!

CIPRIANO. ¡Viva mi tío Quintín!

VIOLANTE. ¡Viva!

Pasa Balita por el fondo de izquierda a derecha, aprisa, como siempre. Don José lo sigue.

CIPRIANO. ¡Ja, ja, ja!

VIOLANTE. ¿De qué te ríes?

CIPRIANO. De don José, que va ahí detrás del camarero. ¿No sabes? ¡Vela por el dinero de mi tío Quintín!

VIOLANTE. ¡Trabajo le mando! ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. ¡Y trae a los mozos de coronilla! ¡Ja, ja, ja!

Aparece don José por la derecha.

DON JOSÉ. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tiene todo esto! ¿Esa risa es de mí, quizás?

VIOLANTE. De usted, entre otras cosas.

CIPRIANO. Pero no se enfade usted con nosotros, que le queremos mucho; ¡pero mucho! *Lo abraza y lo golpea con efusión.*

VIOLANTE. *Lo mismo.* ¡Todo lo que usted se merece!

CIPRIANO. ¡Verdad que sí!

DON JOSÉ. ¡Hay cariños que matan!

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. ¡Ja, ja, ja!

DON JOSÉ. Bueno, menos risa. La noche se está poniendo muy fresca.

VIOLANTE. ¿Qué dice usted, hombre de Dios?

DON JOSÉ. ¿Cuándo nos marchamos?

CIPRIANO. ¿Marcharnos? ¿Sin cenar?

DON JOSÉ. ¿Cómo sin cenar? ¿Pues que han hecho ustedes hasta ahora?

CIPRIANO. ¡Abrir el apetito!

VIOLANTE. Pero ¿es posible que quiera usted irse de aquí? ¡Si esto es la gloria, don José!

CIPRIANO. ¡La gloria! ¡Aquí nos vamos a pasar tres o cuatro días!

DON JOSÉ. ¡No lo verán mis ojos!

VIOLANTE. ¡Hasta la feria de Jerez! ¡Éste me va a comprar una bodega!

DON JOSÉ. ¿Eh?

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. ¡Ja, ja, ja!

Vienen por el fondo, guiados por Balita, que se detiene luego a esperar órdenes, Madame Nathalie Rivière, primera tiple de la compañía de ópera que actúa a la sazón en Sevilla; su esposo, M. Rivière, y Benetti, célebre tenor italiano. Ellos visten de frac y ella un rico traje adecuado a las circunstancias, según su gusto, y mantón de Manila. El tenor y la tiple hablan generalmente mezclando palabras francesas, italianas y españolas. Violante y Cipriano les salen al encuentro y los saludan. A don José le repite su mal nervioso y los ve venir como a enemigos personales.

VIOLANTE. ¡Oh, Nathalie!...

CIPRIANO. ¡Madame!

VIOLANTE. Le agradezco mucho que haya aceptado mi invitación.

NATHALIE. Es a mí que toca el agradesimiento. ¡Estar con Violante, una artista tan exquisita!... Yo soy enamorada de usted.

VIOLANTE. ¡Por Dios, madame! ¡No me ponga usted colorada! ¡Qué *Manon* ha cantado usted esta noche!

NATHALIE. ¡Oh, yo no! ¡Benetti! ¡Benetti! ¡Usted no conose Benetti? ¿Me permite de presentárselo?

VIOLANTE. ¿Cómo no? ¡Encantada!

NATHALIE. ¡Giacomo! Prego. Tengo el plaser de presentarle Violante, la más famosa chanteuse de la España.

BENETTI. Io vi ringrazio, madame. Sono contento de saludarla, perchè io la conosco bene. *(A Violante.)* Yo soy un grande ammiratóre de usted.

VIOLANTB. ¡Qué amable! Le hablaba a Nathalie de la *Manon* tan deliciosa que hemos oído esta noche.

NATHALIE. ¡Oh!

BENETTI. Cosa fácile. Nathalie, ¿usted no ha sentido a Violante la canzonetta de la Alegría?

NATHALIE. No.

BENETTI. ¡Oh! ¡Es bellísima!

VIOLANTE. ¿Le gusta de veras?

BENETTI. Mólto! mólto! ¡Es muy apasionada! ¡Bellísima!

VIOLANTE. *Entonando el estribillo de la canción:*

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

NATHALIE. Charmante!

BENETTI. Non è vero?

NATHALIE. ¿A mi marido conose usted, Violante?

VIOLANTE. ¡Sí, sí, señora!

Monsieur Rivière sonríe.

NATHALIE. Il ne parle pas un mot d'espagnol, mais... Él no habla ni entiende una palabra de espa-

ñol, pero él entiende bien los numerós y me paga las cuentas.

VIOLANTR. ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. Ustedes cenarán con nosotros.

NATHALIE. No, no, señor; senar no podemos. Mil grasias.

CIPRIANO. Pero tomarán alguna cosa...

VIOLANTE. Siquiera una copa de *champagne.*

NATHALIE. Bien.

CIPRIANO. Balita: tráete dos botellas de *Pommery.*

Balita obedece y torna a poco con el servicio necesario.

DON JOSÉ. *Para su capote.* ¡Turismo!

Llega por la derecha Hornachuelos. Don José y Mr. Rivière se sientan juntos unos instantes y se miran con desconfianza.

HORNACHUELOS *A Cipriano.* Ya me tienes de vuerta. *A los demás.* Buenas noches.—¿Qué es eso? ¿Habéis cambiao de sitio?

CIPRIANO. Sí; vamos a quedarnos en este merendero. Es descubierto y es mayor. Que vengan aquí todos.

HORNACHUELOS. Ahora los echaré pa acá. Oye: ahí están er padre y la madre de la *Niña e los Chícharos.*

CIPRIANO. ¿Y la *Niña?*

HORNACHUELOS. La *Niña* tardará un ratiyo en vení: eso iba a desirte. Paese que la habían comprometío antes que tú en er Casino Seviyano...

CIPRIANO. Bueno; ¿qué más da? Con tal que venga luego... ¡Prisa no tenemos ninguna!

HORNACHUELOS. ¿Hago pasá a los autores de sus días?

CIPRIANO. ¡Claro que sí! ¡Lo típico! ¡Lo pintoresco! ¡El color local! ¡Turismo!—como dice don José a cada instante.

Hornachuelos. La madre es un buen tipo. Y Bombín no se queda atrás. Bombín es er padre. Le disen Bombín porque ni pa acostarse se quita el hongo. *Llamando desde el foro, hacia la derecha.* ¡Micaela! ¡Bombín! ¡Vengan ustés a este merendero! *Se va por la izquierda.*

Cipriano. *A Violante.* La *Niña de los Chícharos* se hace esperar.

Violante. ¡Amigo! ¡lo que vale!... *A Nathalie.* Esa *Niña de los Chícharos* es la artista que yo tenía interés en que usted oyera.

Nathalie. ¿La *Niña de los Chichâros*? ¿Qué cosa es *chichâros*?

Violante. ¿Chícharos? Guisantes. Petits pois.

Nathalie. ¡Oh, là, là! *A su marido* Tu sais, Gaston? C'est la *Petite Fille aux Petits Pois* que nous allons écouter. C'est ainsi que l'on appelle à Seville.

Monsieur Rivière sonríe de nuevo. Le importa todo aquello tres caracoles.

Por la derecha llegan Micaela y Bombín, que viene de americana y hongo.

Bombín. Buenas noches.

Cipriano. Buenas noches.

Micaela. Muy buenas noches. ¿Cómo están ustedes? Me alegro de verlos tan buenos.

Violante. Gracias: igualmente.

Micaela. Nozotros buenos: muchas gracias.

Cipriano. ¿Y esa artista, tardará mucho?

Micaela. ¿Cuá? ¿La *Niña*?

Cipriano. La *Niña*, sí.

Micaela. No, zeñó; va a vení ar momento. ¡Las cozas e la feria! Le hablaron ayé pa que fuera ar Cazino Zeviyano, y hay que dejá contentos a los zeñores. Ze vive der público. Pero vendrá; vendrá: pierda usté cuidao. Bombín le ha dao a usté zu palabra de honó, y la *Niña* viene.

Bombín consulta su reloj, temiendo quizás que su honor padezca.

CIPRIANO. Lo importante es que cuando venga aquí no tenga ya que irse a ningún sitio.

MICAELA. ¡Fartaría más, zeñó! Cuando la *Niña* yegue, usté es rey de eya pa mandarle. ¡Aunque no nos acostemos esta noche! Le cantará a usté las zoleares que tanto le gustan, y las malagueñas, y er *Caminito arriba,* y hasta er *Garabato*... To, to, to.

NATHALIE. ¿Qué cosa es *garabato?*

MICAELA. Una canción de mi niña que ha tenío mucho ézito.

NATHALIE. Pero ¿qué cosa es *garabato?*

MICAELA. Pos miste, zeñora; garabato... Tené garabato viene a zé aquí como tené—¿qué le diré a usté yo?—como tené zandunga, tené ange, tené gancho, tené aqué, tené zarza, tené ajilimójili... ¿Usté me comprende?

NATHALIE. Muy poco.

MICAELA. Pos no zé esplicarlo mejó. La *Niña* lo cantará a úrtima hora. A mi espozo no le agrada que eya lo cante en zociedá, porque ez una mijiya *zicalítico.*

VIOLANTE. *A Nathalie.* Garabato equivale a atractivo, a gracia, a simpatía...

NATHALIE. ¿Salero?

VIOLANTE. Una cosa así.

Durante el anterior diálogo han ido apareciendo por la izquierda con Hornachuelos, y acomodándose, como todos, la «Rubia» y «Filigranas», guitarra al brazo; el «Niño de Loja», también tocador; Lebrija; algunas flamencas amigas de la «Rubia»; dos o tres artistas del género ínfimo, amigas de Violante, y hasta tres camaradas de Cipriano. Hornachuelos se va por el foro, hacia la derecha, y a poco reaparece seguido del maestro Montilla y de la flor y nata de sus discí-

pulas, a quienes también sitúa convenientemente. El maestro viene en traje de majo de pandereta y las muchachas unas como él y otras con vestidos blancos de volantes y pañolillos de talle de un solo color. Balita y Langostino sirven a todos lo que piden, sin tasa. Don José, acometido ahora con mayor frecuencia de su mal nervioso, va de aquí para allá sin poderse estar quieto.

LEBRIJA. *A Cipriano.* Bueno, poyo, y ¿qué vamos a hasé mientras no yega la *Niña e los Chícharos?* ¡Porque yo tengo muchas ganas de tocarle las parmas de serca a esta persona e grasia!

CIPRIANO. ¿Has oído, Violante?

VIOLANTE. ¡Y no me lo hago repetir! ¡Y voy a cantar a la guitarra! ¡Esta noche soy yo macarena!

VOCES. «¡Ole! ¡ole!» «¡Viva la grasia!» «¡Eso! ¡eso!» «¡Vamos a oírla!» «¡Vamos ayá!» «¡Venga!» «¡Venga de ahí!»

VIOLANTE. *Al Niño de Loja.* «*Niño de Loja*», «A favó de la corriente».

VOCES. «¡Ole! ¡ole!» *Aplausos.* «¡Silensio!» «¡Silensio!»

El «Niño de Loja» se dispone a acompañarle la canción.

NATHALIE. *A Cipriano.* Comment s'appelle...? ¿Cómo se llama el guitarrista?

CIPRIANO. El *Niño de Loja.*

NATHALIE. ¿El *Niño* también? C'est drôle! ¡Touts sont enfants à Seville!

CIPRIANO. Vraiment.

LEBRIJA. ¡Afinarse las orejas, señores!

MÚSICA

VIOLANTE. Tú eres mar y yo soy río;
tú eres arroyo y yo fuente:
yo voy a ti, dueño mío,
a favó de la corriente.

Yo tengo genio cayao;
tú tienes genio bravío;
¡qué bien nos han comparao!
tú eres mar y yo soy río.

—

Yo soy rosal en maseta;
tú eres álamo cresiente;
tú eres clavel, yo mosqueta;
tú eres arroyo y yo fuente.

—

Tú me asercas con mirarme;
yo goso en tu poderío;
tú no tienes que yamarme;
yo voy a ti, dueño mío.

—

Por eso cogemos flores,
yo humirdita y tú valiente;
porque van estos amores
a favó de la corriente.

—

A favó de la corriente
yo voy a ti, dueño mío:
tú eres arroyo y yo fuente,
tú eres mar y yo soy río.

—

Cesa la música. Aplausos, ¡bravos! ¡oles! y frases de entusiasmo, tales como: «¡Bien por Violante!» «¡Bien por er maestro!» «¡Hay grasia! ¡hay grasia!» «¡Preciosa canción!» «¡Venga vino!», etc., etc. Don José, que ya no puede más, va a desahogar su atribulado pecho con Lebrija.

Don José. Chico, yo estoy al rojo blanco. ¡Esto no es para mí! ¡Aquí no hay freno! Esa *Niña de los Chícharos*, ¿a qué hora vendrá?

Lebrija. ¡Uh! ¡Échale un gargo!

Don José. ¿Cómo un galgo? ¡Si se da la fiesta para oírla!

Lebrija. ¿Sí, eh? ¡Entonces pué que no venga en toa la noche! ¡Es muy suyo!

Don José. ¿Que es muy suyo? ¡Pero si ese loco le ha mandado esta mañana quinientas pesetas para que no faltase!

Lebrija. ¡Músico pagao, mal entonao! ¡Ahora es cuando empieso yo a creé que no viene!

Don José. ¡Hombre!

Lebrija. Tú lo verás.

Don José. ¿Yo? ¿Yo qué voy a ver eso? ¡Yo apelo en el acto a uno de mis ataques y disuelvo la juerguecita!

Lebrija. ¿Qué dises? ¿Quién te ha contao a ti que vas a aguarnos esta fiesta? ¡Sobre que no disuerves la reunión ni aunque te mueras de verdá!

Don José. ¡Es que voy a morirme si sigue!

Lebrija. ¡Pos vete y métete en la cama pa no verla!

Don José. ¡Si lo malo es que me falta valor para irme y para quedarme!

Lebrija. ¡Pos tírate ar río; pero déjanos a los demás que nos divirtamos!

Don José. ¡Ay!...

Don José, desesperado y sin consuelo, se aparta de su amigo y se sienta en el primer término, solo, con cara de ajusticiado.

Hornachuelos, que ha estado hablando con Violante y con la francesa, y que se siente un poco maestro de ceremonias, toma la palabra.

Hornachuelos. ¡Vamos ahora a vé cómo bailan estas mariposas que se ha traío er maestro!

Voces. «¡Eso, eso es!» «¡Bien pensao!» «¡Vamos a verlas!» «¡Abrirles paso, abrirles paso!» «¡Sitio pa que se muevan las niñas!» «¡Vamos ayá, maestro!»

MÚSICA

Al son de castañuelas, tocadas por el Maestro Montilla y por las discípulas, bailan éstas en medio de la admiración y del encanto generales. El Maestro, antes del baile y durante él, las jalea en estos términos:

MAESTRO. ¡A poné bien nuestra bandera, niñas! ¡Que haiga amor propio! ¡A lusirnos, que nos miran artistas famosos! ¡Vorcá los saleros! ¡Amos ayá! *Comienza el baile.* ¡Vivan mis niñas! ¡Ole! ¡Ole! ¡Esos brasos, Matirde, esos brasos! ¡Esperansa, esos pies! ¡Ole! ¡Ole! ¡No te escarríes tú, Sarvaora! ¡Grasia! ¡Grasia! ¡Vivan mis niñas! ¡El *arate* se ha queao en casa! ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole! ¡Primera medaya en la esposisión de Estocormo! ¡Vivan mis niñas! ¡Ole! ¡Ole! *Unos momentos suspenden el baile todas ellas para dejar lucirse a Reyes.* ¡Aquí está ya la fló de la canela! ¡Esto es canela! ¡Esto es canela fina! ¡Ay, que se me quiebra por la sintura! ¡Que se me rompe! ¡Ole! ¡Ole! ¡Grasia! ¡Vaya pies bordando encaje de boliyos! ¡Vaya vaivienes! ¡Vaya vaivienes!

¡Yo no digo que mi barca
sea la mejó der puerto;
lo que yo digo es que tiene
los mejores movimientos!

¡Grasia! ¡Grasia! ¡Toas con eya, niñas; toas con eya, pa rematá! ¡Esto es la locura! ¡Ole! ¡Grasia! ¡Vivan mis niñas! ¡Bien habéis queao!

Cesan la música y el baile, y se repiten el jaleo y las expresiones de alegría.

Hornachuelos y los demás muchachos ofrecen a las niñas y a su maestro copas de vino. Ya no hay allí quien no beba algo, excepto don José, que, sin duda obedeciendo a una resolución extrema, se decide a llamar a Balita.

Don José. ¡Balita!

Balita. *Atendiéndolo.* Me yamo. ¿Qué se ofrese?

Don José. ¡Tráigame usted una botella de agua de Marmolejo! ¡A la cuenta de don Cipriano también!

Balita lo mira con asombro y se va.

Violante. *Gritando de improviso con exaltación y vehemencia.* ¡Arriba las copas! ¡Arriba las copas de todo el mundo!

Lebrija. ¡Arriba las copas!

Voces. «¡Arriba! ¡arriba!»

MÚSICA

Violante. *Con una copa de «champagne» en la mano y llenando triunfadora la escena:*

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

—

¡Pasó la lejana ventura!
¡No importa lo que haya de ser!
¡La dicha segura
no tiene mañana ni ayer!
¡Quizás no haya luego otra aurora!
¡Quizás nos aguarda un dolor!
¡La dicha de ahora
es siempre el tesoro mejor!

—

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,
hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

—

Todos. *Elevando jubilosos las copas.*

¡Porque la vida es un día
y es un sueño y un azar,

hay que gozar la alegría
cuando nos viene a buscar!

—

Animación extraordinaria, entusiasmo, algazara general, desenfreno.

Sólo don José Pérez, o mejor, don Quintín Veruela no participa de la alegría de todos. Aislado en su rincón, espera impaciente el agua de Marmolejo, tan inquieto y nervioso como un perro viejo lleno de pulgas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho en casa de don José Pérez, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda, y al foro dos ventanas que dan a un patio. Muebles, los precisos. Una butaca cómoda. Sobre uno de los muebles una alcancía.

Aunque la habitación es modesta, la hacendosa y delicada mano de una mujer la ha llenado de detalles preciosos: lazos de seda, pañitos de encaje, floreros y otras chucherías.

Es por la mañana, un año después del primer acto.

Nuestra entrañable amiga Mariquita Peón, actual secretaria de don José Pérez, sentada a la mesa del despacho, suma la cuenta del gasto hecho en la casa durante el mes.

MARIQUITA. Y yevo zeis. *Un rumorcito.* Y yevo dos. *Otro rumorcito.* Y de diez, una. ¡Ole! Ze han gastao este mes tres duroz y medio menos que er pazao. Voy a echá una pezeta en mi arcancía. Me la merezco.

Se levanta y va a ello. Sale don José, en traje de casa, por la puerta de la izquierda.

DON JOSÉ. Buenos días, secretaria.

MARIQUITA. Buenos días, don Jozé. ¡Hoy ze le han pegao a usté las zábanas! Zon laz once y media.

DON JOSÉ. Como que no he cerrado un ojo en toda la noche.

MARIQUITA. ¡Vaya por Dios!

DON JOSÉ. ¿Qué hacías?

MARIQUITA. Echá una pezeta en mi hucha.

DON JOSÉ. ¿Y eso?

MARIQUITA. Porque acabo de ajustá la cuenta de este mes y hemos gastao tres duroz y medio menos que er pazao.

DON JOSÉ. Echa otra peseta.

MARIQUITA. No, no; muchas gracias. Es demaziao, don Jozé.

DON JOSÉ. *Tocado de locura.* ¡Echa otra peseta, qué caramba! ¡Es mucho día el de hoy! ¡Lo que tarda en pasar un año cuando se está en el potro! ¡Echa, echa otra peseta!

MARIQUITA. Zi es zu gusto de usté... *Obedece.*

DON JOSÉ. Sí, sí: es mi gusto. ¡Feliz la hora en que te elegí por secretaria!

MARIQUITA. ¿Y yo, qué diré? Gracias a usté no me han matao de *cupletista*, y he yevao a mi caza er zociego.

DON JOSÉ. *Fijándose en la lámpara de la mesa.* Mariquita, ¿qué estoy mirando? ¡Esta pantalla es nueva!

MARIQUITA. Zí, zeñó: a la noche va usté a estrenarla.

DON JOSÉ. Es muy bonita, oye. ¿Cuánto te ha costado?

MARIQUITA. Er tiempo de hacerla, don Jozé.

DON JOSÉ. Pero ¿la has hecho tú?

MARIQUITA. Yo misma. Er dibujo me lo dió mi hermaniyo Manolo, que tiene mucha idea; la zedita es de uno de los vestidiyos que yo me compré pa er teatro, y el estambre es de una toquiya que tuve que desbaratá porque estaba yena de abujeros.

DON JOSÉ. *Transportado de gozo.* ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Qué lástima que no seas hija mía!

MARIQUITA. Como zi lo fuera lo miro a usté yo.

DON JOSÉ. Ya, ya lo veo; ya lo veo... Estás poniéndome la casa como la canastilla de un recién na-

cido. *Mariquita se agacha a coger una aguja del suelo.* ¿Qué haces?

MARIQUITA. Cogé una aguja. ¡Me va a tocá la lotería!

DON JOSÉ. ¿Sí?

MARIQUITA. Zí, zeñó: porque antes en er paziyo cogí un arfilé, y dicen que cuando en un mismo día ze encuentran las dos cozas, toca la lotería.

DON JOSÉ. ¡A mí sí que me ha tocado contigo! ¡Qué alhaja! ¡Qué alhaja! Dime: ¿compraste el agua de colonia?

MARIQUITA. La compré; zí, zeñó.

DON JOSÉ. ¿De veras? ¿No me has llenado de agua clara el frasco vacío como la otra vez?

MARIQUITA. No, no, zeñó; aqueyo lo hice porque me dijo usté que no tenía orfato.

DON JOSÉ. Alguno me queda todavía. ¿Qué quieres? En Sevilla me acostumbré a bañarme... y a echarle al baño dos o tres gotitas de colonia. ¡Resabios de la vida loca de esta primavera pasada! ¡Pasada, por dicha! ¡Gracias a Dios, ya estoy en Madrid... y en día memorable, ciertamente! ¡Hoy se ha cumplido un año del hecho más trascendental de mi vida! Creí que no lo contaba. ¡Así no he dormido esta noche! ¡Anteayer hizo un año que pisé la corte al cabo de muchos!

MARIQUITA. Y tar día como ayé tuve yo er gusto de conocerlo a usté en la caza de Cipriano.

DON JOSÉ. ¿Lo recuerdas?

MARIQUITA. ¿No lo he de recordá?

DON JOSÉ. Yo también; y por algo que tú ni aun presumes.

MARIQUITA. ¿Por qué, don Jozé?

DON JOSÉ. Porque te vi llorar por el tío Quintín.

MARIQUITA. ¡No me nombre usté ar tío Quintín!

DON JOSÉ. ¡Muchacha!

MARIQUITA. ¡No me lo nombre usté! ¡Ér no tiene la curpa, pero no lo perdono!

DON JOSÉ. Pues ¿qué te ha hecho de malo?

MARIQUITA. ¡Morirze!

DON JOSÉ. ¿Morirse?

MARIQUITA. ¡Morirze, zí, zeñó; y dejarle zu fortuna al hombre a quien yo quería y a quien quiero! Heredó, y lo perdí pa ziempre.

DON JOSÉ. ¿Mi so...? ¿Cipriano? ¿El sobrino del tío Quintín es el hombre a quien tú querías?

MARIQUITA. ¡Eze! Mientras fué pobre, yo podía alimentá esperanzas... pero desde que heredó tantos *pápiros*, como usté dice...

DON JOSÉ. *Repentinamente iluminado.* ¡Ah!

MARIQUITA. ¡Y ar lao de ninguna mujé hubiera zido tan dichozo como a mi lao! En cambio, eza lagartona de Violante va a dislocarlo y a perderlo. ¡Marditos zean los *pápiros!*

DON JOSÉ. ¡No blasfemes!

MARIQUITA. ¡Yo quiziera verlo pobre otra vez!

DON JOSÉ. ¡Eso es otra cosa! ¡Qué soplo divino! ¡Es el premio de mi penitencia! ¡En la cena de esta noche beberemos *champagne!*

MARIQUITA. Don Jozé, ¿ze ha vuerto usté loco?

DON JOSÉ. ¡Loco de júbilo! ¡Beberemos *champagne!*

MARIQUITA. La zidra *achampanada* también hace espuma y es más baratita.

DON JOSÉ. ¡No te oigo, hormiga del ahorro! ¡*Champagne!*

MARIQUITA. ¡Pos *champán!* ¡Luego zaco yo dos reales por er corcho y por la boteya!...

Aparece en la puerta de la derecha Violante.

VIOLANTE. ¿Se puede pasar?

MARIQUITA. ¡Huy!

DON JOSÉ. ¡Pase usted, mi amiga!

MARIQUITA. *Perpleja.* ¿Usté por esta caza?

VIOLANTE. Yo, Mariquita; yo, don José. Vengo a decir adiós al señor y a la secretaria.

DON JOSÉ. ¿Hola?

MARIQUITA. ¿Cómo adiós?

VIOLANTE. Adiós. Me voy a Buenos Aires. ¿Quieren ustedes algo para allá?

MARIQUITA. ¿A Buenoz Aires?

VIOLANTE. Con un contrato fabuloso. En España, hasta ahora, no se ha firmado ninguno semejante. Dentro de media hora salgo de Madrid en un Hispano-Suiza que me ha regalado el empresario por vía de prima.

DON JOSÉ. ¿De prima?

VIOLANTE. De prima.

DON JOSÉ. No había oído bien.

VIOLANTE. De un tirón llego a Córdoba. Allí descanso, y luego, de otro tirón, a Cádiz: a embarcar. Medio trasatlántico para mí.

DON JOSÉ. ¡Porque se puede!

VIOLANTE. Usted lo ha dicho.

DON JOSÉ. ¿Y el empresario la acompaña a usted?

VIOLANTE. No, señor. Hago el viaje sola.

MARIQUITA. ¿Zola?

VIOLANTE. Sola.

DON JOSÉ. ¿Y Cipriano?

VIOLANTE. Cipriano queda aquí.

MARIQUITA. ¿Queda aquí?

DON JOSÉ. ¿Queda aquí?

VIOLANTE. ¡Queda aquí!

DON JOSÉ. ¿Está esa cláusula en el contrato?

VIOLANTE. ¡Qué desatino! No hacía falta. En un viaje de esta índole, los amigos demasiado adictos huelgan. Y que ya hemos tenido algunas agarradas él y yo. ¡Los hombres!... Los hombres son muy chuscos. No hay amor de ninguno que merezca una

vida entera. Ellos se cansan mucho antes. Apréndalo usted, Mariquita; por si acaso. Además, Cipriano me dijo el mes pasado, en Nápoles, que yo le había cortado las alas... ¡Bueno! ¡Ya está libre! Así le crecerán en mi ausencia.

MARIQUITA. *Reprimiendo mal su alegría.* Pos... pos nada, Violante; que zea enhorabuena por eze contrato tan... tan azombrozo; feliz viaje hasta Córdoba... feliz viaje hasta Cádiz... y feliz viaje hasta la Argentina.

VIOLANTE. Gracias, Mariquita monísima.

MARIQUITA. Con permizo de usté voy a darle una vuerta a una compota de melocotones que estoy haciendo. ¡Feliz viaje! *Vase por la puerta de la izquierda, radiante de dicha.*

Pausa. Se miran Don José y Violante.

DON JOSÉ. ¿De manera que hasta aquí llegó...?

VIOLANTE. Y de aquí no pasó. ¿No era esto lo que usted me pedía?

DON JOSÉ. Esto era. ¡Si lo oigo y no lo creo!

VIOLANTE. Pues créalo usted. Le ofrecí resolverlo en veinticuatro horas...

DON JOSÉ. Cabalmente.

VIOLANTE. Y me han sobrado veintitrés y media. Ese contrato estaba tentándome. Lo firmé... y en paz.

DON JOSÉ. ¿Lo sabe mi sobrino?

VIOLANTE. Todavía no. Se lo diré por carta, desde Córdoba. Es más socorrido y menos expuesto. Una carta con dejo romántico. Yo sé escribirlas regular.

DON JOSÉ. ¡Magnífico!

VIOLANTE. ¿Aprobado?

DON JOSÉ. ¡Sobresaliente!

VIOLANTE. ¿Y Cipriano, está ya en el secreto: sabe ya que es usted su tío?

Don José. Ni una palabra aún. Vive a cien leguas.

Violante. ¿Insiste usted en desheredarlo?

Don José. Insisto. Sobre todo si se quedara usted en España.

Violante. Pues yo no le privaré de heredar, porque no me quedo. Pongo por medio aire, tierra y agua. ¡No hay fuego que resista! ¡Pobre musiquillo sentimental! De momento me llamará mil cosas; dirá horrores de mí... ¡sin sospechar que lo que hago es salvarlo! ¿Algo más, don José?

Don José. ¿Se marcha?

Violante. Sí. No he de perder instante.

Don José. Espere un par de ellos, que no quiero que se vaya usted sin un recuerdo mío.

Violante. *Asombrada.* ¡Don José!

Don José. ¡La temporadita de Sevilla! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Violante. *Suspirando.* ¡Ay! ¡Ya respiro a gusto! ¡Después de una resolución grave, se respira a gusto!

MÚSICA

¡A volar! ¡a volar!
¡A volar a las tierras remotas!
¡De otros climas el aire a gustar!
¡A saber de las cosas ignotas!
¡A volar! ¡a volar! ¡a volar!
¡A vibrar con más vivos anhelos!
¡A extender el plumaje a otro sol!
¡A gozarme en la luz de otros cielos!
¡Yo soy girasol!

—

Con cierto acento de nostalgia.

¡Chiquillo de mis amores,
no pienses muy mal de mí:

si mi corazón dió flores,
ésas fueron para ti!

—

¡A volar! ¡a volar!
¡A lograr nuevas joyas y galas!
¡Otro amor más ardiente a probar!
¡A batir sin cansancio las alas!
¡A volar! ¡a volar! ¡a volar!

—

Cesa la música.

Vuelve Don José con una sortija envuelta en un papel de seda.

Don José. Aquí tiene usted.

Violante. *Desliándola.* ¿Una sortija?

Don José. Una sortija.

Violante. Pero ¿es esta mi perla negra?

Don José. Sí.

Violante. ¿La que perdí en Sevilla?

Don José. ¡Exactamente!

Violante. *Contentísima.* ¡Oh! ¡Sí; sí: es la misma! ¡No hay otra igual en ninguna parte! ¡Qué suerte! ¡Ya mi viaje es dichoso! ¿Dónde la encontró usted?

Don José. En el doblez de unos pantalones de Cipriano. Y me la guardé para entregársela a usted en momento solemne. Yo deseaba que usted se llevara un recuerdo mío, y esto seguramente no se le olvida.

Violante. ¡Pues no ha podido usted ofrecerme ninguna cosa que más le agradezca! Es el primer regalo que me hizo su sobrino. *A Don José se le alarga un poco la cara al oír esto y casi tiende involuntariamente la mano como para atrapar la sortija.* ¿Qué pasa? ¿Ahora va usted a arrepentirse de habérmela devuelto?

Don José. ¡No faltaría más!

Violante. ¡Vaya! ¡Se lo he leído a usted en los

ojos! ¡Pero se limpia usted, mi amigo! Tome un abrazo de gratificación.

DON JOSÉ. ¡Venga!

VIOLANTE. *Abrazándolo.* ¡Y bien cumplido!

DON JOSÉ. ¡Qué ojos, Violante! ¡Siempre me parecieron infernales... y ahora los veo color de cielo!

VIOLANTE. ¡Don José!

DON JOSÉ. *Justificándose*:
¡Sevilla! ¡Guadalquivir!...

VIOLANTE. ¡Ja, ja, ja! ¡Hasta la vista!

DON JOSÉ. ¡Buen viaje!

Se van los dos por la puerta de la derecha.

MÚSICA

La escena queda sola. Suenan en el aire lejanos ecos de la canción de «La espuma del champagne». Vuelve Don José.

DON JOSÉ. ¡Ay, Señor! ¡Yo no he dormido, pero bien amanece el día! La revelación de Mariquita, primero; la huída de Violante, ahora... Esto marcha... Dios le ayude... Dios la proteja... ¡Qué emociones para mis años!... Estoy rendido... *Se sienta en la butaca.* Y aún me queda el rabo por desollar: la píldora al otro. ¡Ay, ay, ay! Pero lo más grave ya está conseguido... Bien, bien, bien... Los *pápiros* vuelven a mis manos... Vuelven... vuelven... vuelven... ¡Y cómo vuelven!... Mariquita, serás dichosa...

Lo rinde el sueño. Inmediatamente queda la escena a oscuras. Sólo permanece visible Don José. De improviso, en el negro fondo, surge un rincón del claustro de un convento, y en él la blanca figura del padre Ciriaco, el cartujo. Avanza con gravedad hacia su amigo y le deja en las manos una áurea cajita, que sin duda guarda un gran tesoro. Don José la atrapa ávidamente. El cartujo, entonces, sonríe, le vuelve la espalda, se hunde con lentitud en las sombras del claustro,

y la visión se borra completamente. En este momento, una voz que viene de lo alto exclama con acento profético:

Voz. ¡Avaro infeliz: el oro
es cosa que ha de ganarse,
y que luego ha de emplearse
con generosa intención!
¡Hoy vuelve a ti tu tesoro;
mas si escondes la alcancía,
Dios te va a dejar un día
como el gallo de Morón!

Don José se estremece, y aprieta entre sus manos la áurea cajita. Luego resplandece en la oscuridad del fondo una calleja solitaria, donde aparece a poco un musiquillo maltrecho y derrotado, que rasca un violín. Se detiene, pone en el suelo un catrecillo y sobre él un platillo de hojalata, y toca. Es Cipriano Veruela. Comienza a ejecutar la «Fantasía» de Violante. Como a su conjuro, sale de la sombra y pasa por delante del desdichado violinista una pareja de enamorados. La mujer es... «ella»: deslumbradora de belleza y de lujo. Él es... uno cualquiera: el amante actual. Viste un uniforme militar desconocido. Violante pasa sin mirarlo. Cipriano la reconoce y tiembla de cabeza a pies. El temblor de su ser entero repercute en su música. Un instante deja de tocar: sus brazos caen a lo largo del cuerpo; sus ojos siguen a la que fué su amada, hasta que se pierde de vista. Entonces, como para desahogar su dolor, torna al violín y toca con brío. En esto, en dirección contraria a la de Violante, viene Mariquita Peón, de humilde velito, como si fuese a misa mañanera. Al llegar junto al músico se detiene y le echa en el platillo una limosna. De repente se reconocen, se asombran de verse en tal situación, se conmueven, se

atraen y se abrazan, y abrazados se los traga la sombra de donde brotaron. La voz de lo alto suena oportunamente de nuevo, exclamando así:

Voz. ¡Aprende, avaro grosero,
que hay una gracia divina
que ennoblece y que ilumina
las negruras del dolor!
¡Aprende ya, majadero,
que tus *pápiros* amados
serán papeles mojados
sin la llama de otro amor!

Cesa la música.

Desaparece el encanto del sueño: la estancia vuelve a iluminarse. Don José da un grito y despierta asustado.

Don José. ¡Eh! ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué sueño! ¡Qué vococitas celestiales!... ¡Ah!... ¡Me dan escalofríos!... Y, sin embargo, todo ello es un anuncio del porvenir... ¡Lo veo claro como la luz! ¡La vida es sueño!

Sale Mariquita apresuradamente.

Mariquita. Don Jozé, ¿ha dao usté un grito?

Don José. Es posible... Me quedé dormido... y soñaba...

Mariquita. ¿Qué zoñaba usté, don Jozé? ¿Arguna coza triste?

Don José. No, hija mía: no era triste lo que soñaba. Para ti, muy alegre. Y para mí también, después de todo... Sólo que ha habido unas vocecitas...

Llega Cipriano de la calle inquieto, preocupado, como si tuviera un presentimiento de lo que va a ocurrirle.

Cipriano. Buenos días.

Don José. ¡Hola, millonario!

Mariquita. Hola, Cipriano; buenos días.

CIPRIANO. Buenos días. *Olfateando.* ¿Violante ha estado aquí?

DON JOSÉ. No.

MARIQUITA. ¡Ave María! ¿Tú zueñas con Violante!

CIPRIANO. ¡Vaya si ha estado aquí! Este perfume...

DON JOSÉ. Lo usa mi secretaria. Comprado con el mismo dinero que lo compra Violante. ¡Precisamente con el mismo!

CIPRIANO. Le advierto a usted que no estoy para burlas.

DON JOSÉ. Me alegro mucho.

CIPRIANO. ¿Ah, sí?

DON JOSÉ. Sí. Porque tenemos que hablar seriamente.

CIPRIANO. ¡Tampoco estoy para sermones!

MARIQUITA. Yo me retiro, zi es que estorbo.

DON JOSÉ. No: tú te quedas. Lo que he de hablar con este... potentado, deseo que lo oigas tú también, hija mía. ¿Te enteras, Cipriano? ¡Hija mía!

CIPRIANO. No sé a qué viene ese retintín.

DON JOSÉ. Ya lo entenderás, hijo mío.

CIPRIANO. ¿También yo hijo suyo?

DON JOSÉ. Hijo, no; pero cerca le anda.

CIPRIANO. ¿Cómo?

MARIQUITA. ¿Qué dice usté?

DON JOSÉ. Vamos por partes. ¿Recuerdas, Cipriano, nuestra primera entrevista en tu casa? ¿Fué solemne?

CIPRIANO. Lo fué.

DON JOSÉ. Pues esta de hoy, en la mía, la va a dejar tamaña así.

CIPRIANO. *Burlón.* ¿Me siento?

DON JOSÉ. ¡Te vas a levantar en seguida de un salto!... ¿Sabes cuánto dinero has despilfarrado en un año, mocito?

CIPRIANO. ¡Ni lo sé ni me importa!

Don José. ¡Me importa a mí!

Cipriano. ¿Es usted mi tutor, quizás?

Don José. ¡Soy quien soy! ¿Sabes cuánto has gastado?

Cipriano. *En ademán de irse.* Vaya, ¡abur!

Don José. Hombre, hazme el favor... Un momentito...

Mariquita. Cipriano, que zerá por tu bien.

Cipriano. Soy mayor de edad. Le suplico a usted que cambie el rollo, porque me lo sé de memoria.

Don José. ¡No te hagas ilusiones!

Cipriano. Que si Violante me despluma; que si Violante me quita del trabajo; que si Violante me va a perder, que si va a arruinarme... ¿No es así? ¡Bueno! ¡Pues al que se muere a gusto!...

Mariquita. *Suspirando tímidamente.* ¡Ay!...

Cipriano. ¡Si por esa mujer me vuelvo a quedar sin dos pesetas, tal día hizo un año!

Don José. ¡Justo! ¡Tal día hizo un año! ¡Y ese día es el de hoy! Rollo nuevo. Cinco de octubre. Sábado. San Plácido, mártir, y San Froilán, obispo.

Cipriano. ¡Luna llena!

Don José. No, no, no: cuarto... ¡cuartos menguantes!

Cipriano. ¿Qué?

Don José. Rollo nuevo. Agárrate ahora.

Cipriano. ¿Qué?

Don José. Que te agarres. Y tú, hija mía—¡hija mía!—agárrate un poquito también.

Cipriano. ¡Le repito a usted que no estoy para burlas!

Don José. Ni yo tampoco. Cipriano Veruela y Manzano, ¿tú no sospechas a quién tienes delante?

Cipriano. Al conde de Montecristo no es.

Don José. No. Es a Quintín Veruela y Mañoso, tu tío carnal. ¡Un humorista!

CIPRIANO. *Atónito.* ¿Eh?

MARIQUITA. ¿Eh?

DON JOSÉ. Un humorista, que ha fingido su muerte para probar durante un año lo que eras tú capaz de hacer con su dinero.

MARIQUITA. ¡Jezús María!

CIPRIANO. *Con los pelos de punta.* ¿Cómo?

DON JOSÉ. Un humorista, que al ver que eres un manirroto desenfrenado y un verdadero calabacín, calabacín, te deja a la luna de Valencia desde el día de hoy. ¡Tal día hizo un año!

MARIQUITA. *Con mal contenida satisfacción.* ¡Ole! ¡ole!

CIPRIANO. *A punto de caerse.* Pero yo no puedo creer...

DON JOSÉ. Un humorista, que ahora va a emplear su dinero como le dé la gana, y que se va a dar en adelante una vida de príncipe.

CIPRIANO. Pero... pero...

DON JOSÉ. ¡Un *primo alumbrao!*

MARIQUITA. *Nerviosa de alegría.* ¡Ja, ja, ja!

CIPRIANO. Don José, por lo que usted más quiera en el mundo...

DON JOSÉ. ¡Tío Quintín es como has de llamarme!

CIPRIANO. Pero ¿todo esto no es una nueva farsa?

DON JOSÉ. Esta es la verdad: mírame a los ojos, sobrino. Soy tu tío Quintín, hermano de tu padre, que esté en gloria.

CIPRIANO. *Apabullado.* Tío Quintín... perdóneme usted. ¿Quién podía pensar en una excentricidad semejante? Deme usted un abrazo.

DON JOSÉ. Sí, hijo, sí: eso no cuesta nada.

MARIQUITA. *Con emoción.* Deme usté a mí otro.

DON JOSÉ. A ti, aunque costase, hija mía. *A Cipriano.* ¡Hija mía! Conque ya sabes quién soy, quién eres, y a lo que estoy dispuesto.

CIPRIANO. Pero ¿será usted capaz de desheredarme?

DON JOSÉ. Esa pregunta es de una tórtola. ¿No has tirado en un año un millón quinientas mil pesetas?

MARIQUITA. *Escandalizada.* ¡Ay! ¡ay!

DON JOSÉ. Cálmate, Mariquita.

MARIQUITA. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

DON JOSÉ. Cálmate. ¿No has gastado ese dineral, sobrino? ¡Pues ya es suficiente! A tu pisito de la calle de Fúcar, a ganarte la vida de hoy más escribiendo pares de bemoles. La cosa los tiene. Y como ya has probado bien la dulce miel de las pesetas, tú apretarás, si quieres volver a paladearla.

MARIQUITA. ¡Ezo está muy bien dicho!

CIPRIANO. Es usted demasiado cruel. Me hace usted sufrir horriblemente.

DON JOSÉ. ¿Y el añito que he llevado yo, dónde me lo dejas? ¡Ah! ¡Y riñe con Violante o no riñas! Por más que eso ella será quien lo determine.

CIPRIANO. ¡Violante me quiere a mí con toda su alma!

MARIQUITA. ¡Querían! como dicen las chulas.

DON JOSÉ. ¡Agora lo veredes, que dijo Agrages!

CIPRIANO. *Abatido.* ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡En un momento, el amor, la fortuna!... ¡Qué tremendo golpe! *Rehaciéndose.* Pero ¿quién dijo miedo? ¡Arriba el corazón! Tío Quintín, buenos días.

DON JOSÉ. No te vayas a pegar un tiro.

CIPRIANO. No, señor; nada de eso: al contrario.

DON JOSÉ. ¿Me lo vas a pegar a mí?

CIPRIANO. Pienso seguir haciendo la misma vida que hasta ahora. ¡Sacaré dinero de las piedras!

DON JOSÉ. ¡Muy bonita frase!

CIPRIANO. Búrlese usted ya todo lo que guste, con sus ironías de pliego de aleluyas. ¿Quiere usted algo para El Escorial?

Don José. ¿Vas a invernar en El Escorial?

Cipriano. Voy a buscar una casita para Violante, que desea pasar allí dos semanas.

Mariquita. ¿Violante?

Cipriano. Sí.

Don José. ¡Pues espérala sentado... en la silla de Felipe II!

Cipriano. ¿Eh?

Don José. Nada: ¡la aleluya final!

Cipriano. Adiós, Mariquita

Mariquita. Adióz, hombre, adiós. *Afligiéndose.* Y ten prezente... que aunque te vea más pobre que las ratas... yo ziempre te quiero.

Don José. ¡Hija mía!

Cipriano. Adiós, tío Quintín.

Don José. Adiós... pelagatos.

Cipriano. ¡Bah!

Vase de estampía.

Don José. ¡Esto es hecho, Mariquita; esto es hecho! Una mujer huye de él, y otra lo quiere. ¡Pues a ésta que lo quiere le dejo yo todos mis *pápiros!*

Mariquita. ¡Don Jozé!

Don José. ¡Tío Quintín!

Mariquita. ¡Tío Quintín!

Don José. Lo que oyes. Ese... desventurado, a la postre, se casará contigo.

Mariquita. ¡Tío Quintín!

Don José. ¡Y algunos días tendrá que pedirte de rodillas el azúcar para el café!

Mariquita. De ezo esté usté zeguro.

Don José. ¡Ya puedo morirme tranquilo!

Mariquita. ¡A mí me va a dá un zíncope!

Don José. De vuestro matrimonio nacerá un hijo, que, como hijo de un pródigo y de una hormiguita, sabrá emplear bien el dinero.

Mariquita. ¡Yo estoy zoñando ahora, tío Quintín!

Don José. No, hija mía, no: estás despierta. Yo soñé hace poco, y no olvido lo último que me dijo la voz celestial. ¡Así me lo hubiera dicho en mis años mozos!

Mariquita. Pos ¿qué le dijo a usté?

Don José. Que en este mundo traidor,
los *pápiros* más amados
serán papeles mojados
sin la llama de otro amor.

FIN DE LA ZARZUELA

Fuenterrabía, agosto, 1919.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madria.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung *(Mañana de sol)*, por FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou *(El ojito derecho)*, por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caïel).

A Dama Branca *(Doña Clarines)*, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.


IMPRENTA
CLÁSICA ESPAÑOLA

—131—

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

2,50 PESETAS

1 La Musa Loca
2. Nanita, Nana
3 Nenateruel
4 EL Nido
5 La Nina de Juana
6 EL Niño Prodigio
6 Novelera
7. Los Ojos de Luto
8. Los Pápiros
9. Pasionera
10. EL PAtinillo
11. EL Patio
12. Pedro López